

LA OTRA HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

(Desde 1492 hasta hoy)

Howard Zinn

EDICIÓN REDUCIDA Y REVISADA POR EL AUTOR

Traductor: Toni Strubel

Siete Cuentos Editorial

NEW YORK

raciales: los socialistas, trotskistas y sobre todo los comunistas. Influido por los comunistas, el CIO estaba organizando a los negros de las industrias de producción masiva. Aún usaban a los negros como esquirols, pero ahora hubo también intentos de unir a blancos y negros contra su enemigo común.

En los años treinta, no hubo un gran movimiento feminista, pero muchas mujeres de la época se involucraron en movimientos laboristas. Una poetisa de Minnesota, Meridel LeSeuer, tenía 34 años cuando la gran huelga de camioneros paralizó Minneapolis en 1934. LeSeuer se involucró en la huelga y más tarde describió sus experiencias:

Nunca había estado en una huelga. Lo cierto es que tenía miedo. "¿Necesitáis ayuda?" pregunté con ansiedad. Servíamos miles de tazas de café a miles de hombres. Vi cómo sacaban hombres de los coches y los ponían en las camas del hospital, en el suelo. Un martes, el día del funeral, se concentraron mil soldados más en el centro de la ciudad. Había más de cuarenta grados a la sombra. Fui a las funerarias y miles de hombres y mujeres estaban allí congregados, esperando bajo un sol terrible. Me acerqué y me puse junto a ellos. Ignoraba si podía desfilan. No me gustaba desfilan en manifestaciones. Tres mujeres me llevaron con ellas. "Queremos que desfilen todos -dijeron amablemente-, ven con nosotras..."

Años después, Sylvia Woods contó a Alice y Staughton Lynd sus experiencias en los años 30, cuando trabajaba en una lavandería y como organizadora sindical:

Tienes que decir a la gente cosas que puedan ver. Entonces dirán: "Ah, nunca había pensado en eso" o "nunca lo había visto de esa forma" ...como Tennessee. Odiaba a los negros. El pobre aparcero un día bailó con una negra. Así que he visto cambiar a la gente. Esta es la fe que has de tener en las personas.

En esos días de crisis y rebelión muchos americanos empezaron a cambiar de forma de pensar. En Europa, Hitler estaba en marcha. Al otro lado del Pacífico, Japón estaba invadiendo China. Nuevos imperios estaban amenazando a los imperios occidentales, y para Estados Unidos, la guerra no estaba lejos.

Capítulo 16

¿UNA GUERRA POPULAR?

Hay algunas evidencias de que la II Guerra Mundial fue la guerra más popular en la historia de Norteamérica. Nunca antes había participado en una guerra una porción tan grande del país: 18 millones de hombres entraron en las fuerzas armadas (de los que 10 millones irían al extranjero); 25 millones de trabajadores compraban regularmente bonos de guerra con su sueldo. Pero, ¿no podía considerarse que éste era un apoyo prefabricado, ya que todas las fuerzas de la nación -no sólo las del gobierno, sino también la prensa, la Iglesia y hasta las principales organizaciones radicales- estaban tras los llamamientos a una guerra suprema? ¿Hubo un fondo de aversión o indicios silenciados de resistencia?

Se trataba de una guerra contra un enemigo de una maldad indescriptible. La Alemania hitleriana estaba extendiendo el totalitarismo, el racismo y el militarismo en una guerra de agresión abierta como no se había visto nunca. Y, sin embargo, los gobiernos que dirigían esta guerra -Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética- ¿representaban un orden de cosas esencialmente diferente, tanto que su victoria significara un golpe al imperialismo, al racismo, al totalitarismo y al militarismo en el mundo?

El comportamiento de Estados Unidos durante la guerra -tanto en las operaciones militares en el extranjero como en el trato a las minorías del país- ¿correspondía a lo que sería una "guerra popular"? La política del país durante la guerra ¿respetaba el derecho de la gente -fueran de donde fuesen- a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad? Y la América de la posguerra, con su política tanto nacional como exterior ¿ejemplificaba los valores por los que se suponía que se había luchado en una guerra?

Estas preguntas merecen consideración; durante la II Guerra Mundial, el ambiente estaba demasiado cargado de ardor guerrero como para permitir exponerlas.

Que Estados Unidos saliera como defensor de países indeseados concordaba con la imagen que daban del país los libros de historia de los institutos americanos, pero no con su expediente en asuntos internacionales. Estados Unidos había instigado una guerra con México y se había apoderado de medio país. Había simulado ayudar a Cuba a conseguir su independencia de España para plantarse después en Cuba con una base militar, inversiones y un derecho de intervención. Se había apoderado de Hawai, Puerto Rico, Guam y había llevado a cabo una guerra brutal para subyugar a los filipinos. Había "abierto" Japón al comercio americano con barcos de guerra y amenazas. Había declarado en China una Política de Puertas Abiertas como medio de asegurarse que Estados Unidos tendría las mismas oportunidades que otras potencias imperialistas para explotarla. Junto con otras naciones, había enviado tropas a Pequin para imponer la supremacía occidental en China, manteniendo las tropas allí durante más de treinta años.

Mientras exigía una puerta abierta en China, Estados Unidos había insistido (con la doctrina Monroe y muchas intervenciones militares) en una puerta cerrada en Latinoamérica, es decir, cerrada a todo el mundo excepto a Estados Unidos. Había maquinado una revolución contra Colombia y había creado el estado "independiente" de Panamá para construir y controlar el Canal. En 1926 mandó cinco mil *marines* a Nicaragua para parar una revolución y mantener tropas allí durante siete años. En 1916, intervino en la República Dominicana, por cuarta vez, y estacionó tropas allí durante ocho años. En 1915, intervino por segunda vez en Haití, donde mantuvo a sus tropas durante diecinueve años.

Entre 1900 y 1933, Estados Unidos intervino cuatro veces en Cuba, dos en Nicaragua, seis en Panamá, una en Guatemala y siete en Honduras. En 1924, Estados Unidos estaba dirigiendo de alguna forma las finanzas de la mitad de los veinte estados latinoamericanos. Hacia 1935, más de la mitad de las exportaciones americanas de acero y algodón se estaban vendiendo en Latinoamérica.

Justo antes del final de la I Guerra Mundial, un ejército americano de 7.000 hombres arribó a Vladivostok, como parte de una intervención aliada en Rusia, y permaneció allí hasta comienzos de 1920. Cinco mil soldados más llegaron a Arcangel, otro puerto ruso, también como parte de una fuerza expedicionaria aliada, y estuvieron allí durante casi un año. El Departamento

de Estado dijo al Congreso: "*Todas esas operaciones se llevaron a cabo para prevenir los efectos de la revolución bolchevique en Rusia*".

En resumen, si la entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial fue para defender el principio de no-intervención en los asuntos de otros países como muchos americanos creían por aquel entonces, viendo las invasiones nazis, el expediente de Estados Unidos ponía en duda su habilidad para mantener dicho principio.

Lo que por aquel entonces parecía claro era que Estados Unidos era una democracia con ciertas libertades, mientras que Alemania era una dictadura que acosaba a la minoría judía, encarcelaba a los disidentes, cualquiera que fuese su religión, al mismo tiempo que proclamaban la supremacía de la "raza aria". Sin embargo, a los negros, viendo el antisemitismo que había en Alemania, no les parecía muy distinta su propia situación en Estados Unidos. Y Estados Unidos había hecho poco respecto a la política persecutoria de Hitler. De hecho, durante toda la década de los años treinta se había unido a Inglaterra y Francia para apaciguar a Hitler, pero Roosevelt y su secretario de Estado, Cordell Hull, vacilaban en criticar públicamente la política antisemita de Hitler. Cuando, en enero de 1934, se introdujo en el Senado una resolución pidiendo que el Senado y el presidente expresaran "*sorpesa y dolor*" por lo que los alemanes les estaban haciendo a los judíos, y pidiendo asimismo que se restituyeran los derechos de los judíos, el Departamento de Estado se aseguró de que se silenciara la resolución.

Cuando la Italia de Mussolini invadió Etiopía en 1935, Estados Unidos declaró un embargo sobre municiones pero permitió que las corporaciones americanas enviasen a Italia enormes cantidades de petróleo, esencial para que Italia llevase a cabo la guerra. Cuando en 1936 tuvo lugar una rebelión fascista en España contra un gobierno socialista-liberal elegido democráticamente, la administración Roosevelt apoyó una Ley de Neutralidad, que tuvo el efecto de cortar toda ayuda al gobierno español, mientras Hitler y Mussolini daban una ayuda crucial a Franco.

¿Se trataba de una mala consideración, de un desafortunado error? ¿No era más bien la política lógica de un gobierno cuyo principal interés no era frenar el fascismo sino propiciar los intereses imperiales de Estados Unidos? En los años treinta, la mejor política para defender tales intereses parecía ser la antisoviética. Cuando, más tarde, Japón y Alemania amenazaron los intereses internacionales de Estados Unidos, optaron por una política prosoviética y

antisemitismo. Roosevelt tenía tanto interés en terminar con la opresión de los judíos como Lincoln en erradicar la esclavitud durante la Guerra Civil. Cualquiera que fuera su compasión personal por las víctimas de la persecución, la prioridad política de ambos no eran los derechos de las minorías, sino el poder nacional.

Lo que hizo que Estados Unidos entrara en la II Guerra Mundial no fueron los ataques de Hitler a los judíos, al igual que no fue la esclavitud de millones de negros lo que provocó la Guerra Civil en 1861. Ni el ataque de Italia a Etiopía, ni la invasión hitleriana de Austria y Checoslovaquia, ni el ataque a Polonia -ninguna de estas agresiones hizo que Estados Unidos entrara en la guerra, aunque Roosevelt empezó a ayudar significativamente a Inglaterra.

Lo que provocó que Estados Unidos entrara de pleno en la II Guerra Mundial fue el ataque japonés a la base naval americana de Pearl Harbor, en Hawai, el 7 de diciembre de 1941. Por supuesto, lo que provocó el llamamiento indignado de Roosevelt a la guerra no fue la preocupación humana por los civiles que Japón había bombardeado -ni el ataque japonés a China en 1937, ni el bombardeo japonés a civiles en Nanking. Lo que provocó la entrada de Estados Unidos en la guerra fue el ataque japonés a una base del imperio americano en el Pacífico. Estados Unidos no tuvo nada que objetar mientras Japón fue un socio educado en ese club imperial de grandes potencias que compartían la explotación de China, acorde con la Política de Puertas Abiertas.

En 1917, Estados Unidos había intercambiado comunicaciones con Japón, diciendo que "*el Gobierno de los Estados Unidos reconoce que Japón tiene intereses especiales en China*". Según Akira Iriye (*After Imperialism*), en 1928, los cónsules americanos en China apoyaron la llegada a ese país de tropas japonesas.

Cuando Japón intentó invadir China, y sobre todo cuando fue a por el estaño, el caucho y el petróleo del sureste asiático, estaba amenazando los mercados potenciales de Estados Unidos. Entonces cundió la alarma y Estados Unidos tomó las medidas que provocarían el ataque japonés: en el verano de 1941 embargó totalmente su hierro y su petróleo.

Una vez unido a Inglaterra y a Rusia en la guerra (Alemania e Italia declararon la guerra a Estados Unidos justo después de Pearl Harbor), ¿qué demostró el comportamiento de Estados Unidos: que sus fines en la guerra

eran humanitarios, o más bien que se centraban en el poder y en el lucro? ¿Estaba combatiendo en la guerra para acabar con el dominio de unas naciones sobre otras o para asegurarse de que las naciones dominadoras eran amigas de Estados Unidos?

En agosto de 1941, Roosevelt y Churchill se reunieron cerca de la costa de Terranova y anunciaron al mundo la Carta Atlántica, que exponía nobles fines para el mundo de la posguerra, asegurando que sus países no buscaban "*el engrandecimiento territorial ni de otro tipo*" y que respetaban "*el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la que quieran vivir*". Se alabó la Carta porque declaraba el derecho de autodeterminación de los pueblos.

Sin embargo, dos semanas antes de la declaración de la Carta Atlántica, Sumner Welles, el secretario de Estado en funciones estadounidense, había asegurado al gobierno francés que podían conservar su imperio intacto tras el final de la guerra. A finales de 1942, el delegado personal de Roosevelt aseguró al general francés Henri Giraud: "*No cabe ninguna duda de que se establecerá la soberanía francesa lo antes posible por todo el territorio, metropolitano o colonial, sobre el que ondeó la bandera francesa en 1939*".

Los titulares de los periódicos hablaban de las batallas y de los movimientos de tropas: la invasión del norte de África en 1942; la de Italia en 1943; las encarnizadas batallas mientras hacían retroceder a Alemania dentro de sus fronteras; los bombardeos cada vez más numerosos de las fuerzas aéreas británicas y americanas; el dramático desembarco masivo de Normandía, en la Francia ocupada por Alemania; y, al mismo tiempo, las victorias rusas sobre los ejércitos nazis (por las fechas del desembarco de Normandía, los rusos habían expulsado de Rusia a los alemanes y mantenían ocupadas al 80% de las tropas alemanas). En 1943 y 1944, tuvo lugar en el Pacífico el avance isla por isla de contingentes americanos hacia Japón, encontrando bases cada vez más cerca para el bombardeo atronador de ciudades japonesas.

Silenciosamente, tras los titulares sobre las batallas y los bombardeos, los diplomáticos y los empresarios americanos trabajaban duro para asegurarse de que, al concluir la guerra, Estados Unidos fuese la primera potencia económica del mundo. Los negocios norteamericanos penetrarían en áreas que hasta entonces había dominado Inglaterra. La Política de Puertas Abiertas de acceso igualitario se extendería de Asia a Europa, lo que significaba que Estados Unidos tenía intención de apartar a Inglaterra e instalarse en su lugar.

Eso fue lo que le pasó a Oriente Medio y a su petróleo. Arabia Saudita tenía la mayor reserva petrolífera de Oriente Medio. A comienzos de 1945, su rey, Ibn Saud, estaba como invitado del presidente Roosevelt en un viaje americano. Más tarde, Roosevelt escribió a Ibn Saud, prometiendo que Estados Unidos no cambiaría su política palestina sin consultar a los árabes. Años después, el interés en el petróleo competiría constantemente con el interés político por el estado judío en Oriente Medio, pero de momento el petróleo parecía más importante.

Con el poder imperial británico derrumbándose durante la II Guerra Mundial, Estados Unidos estaba listo para entrar en escena. Antes de que finalizara la guerra, la administración ya estaba planeando el esquema del nuevo orden económico internacional, basado en una asociación entre el gobierno y las grandes corporaciones.

El poeta Archibald MacLeish, entonces subsecretario de Estado, criticó lo que vio en el mundo de posguerra: *"Tal y como van las cosas, la paz que haremos, la paz que parece que estamos logrando, será una paz de petróleo, oro y navegación; en resumen, una paz sin propósito moral ni interés en la humanidad"*.

Durante la guerra, Inglaterra y Estados Unidos establecieron el Fondo Económico Internacional para regular el cambio de divisas internacionales; el voto sería proporcional al capital aportado, con lo cual se estaba asegurando el dominio americano. Se fundó el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, supuestamente para ayudar a reconstruir áreas destruidas por la guerra. Pero uno de sus objetivos principales era, según el propio Banco, *"promover las inversiones extranjeras"*.

La ayuda económica que los países necesitarían tras la guerra se veía ya en términos políticos. Averell Harriman, embajador en Rusia, dijo a comienzos de 1944: *"La ayuda económica es una de las armas más efectivas que tenemos para mover los acontecimientos políticos europeos en la dirección que queremos"*.

La creación de las Naciones Unidas durante la guerra se presentó al mundo como una cooperación internacional para impedir guerras futuras. Pero la ONU estaba dominada por los países imperiales occidentales -Estados Unidos, Inglaterra y Francia- y una nueva potencia imperial con bases militares y una fuerte influencia en la Europa del este: la Unión Soviética. Un importante senador republicano, Arthur Vandenburg, escribió en su diario acerca de la Carta de las Naciones Unidas:

Lo que es sorprendente es que la Carta sea tan conservadora desde un punto de vista nacionalista. Se basa prácticamente en una alianza de cuatro potencias. Esto dista de ser una visión romántica del estado mundial inspirada por el internacionalismo loco. Estoy profundamente impresionado de ver que Hull preserva con tanto cuidado nuestro veto americano en su esquema de cosas.

La difícil situación de los judíos en la Europa ocupada por los alemanes - que mucha gente creía que era uno de los motivos principales de la guerra contra el Eje - no se encontraba entre las preocupaciones principales de Roosevelt. El estudio de Henry Feingold (*The Politics of Rescue*) muestra que, mientras estaban metiendo a los judíos en campos de concentración y estaba comenzando el proceso de aniquilación que acabaría con el horripilante exterminio de 6 millones de judíos y millones de no-judíos, Roosevelt no tomó las medidas que podrían haber salvado millares de vidas. Para él no era prioritario; y dejó el asunto en manos del Departamento de Estado, donde el antisemitismo y la fría burocracia obstaculizaron la acción.

¿Se estaba librando la guerra para demostrar que Hitler se equivocaba en sus ideas acerca de la supremacía blanca nórdica sobre las razas "inferiores"? Las fuerzas armadas estadounidenses estaban divididas en razas. Cuando, a comienzos de 1945, metieron a las tropas en el *Queen Mary* para ir a combatir en la escena europea, apiñaron a los negros en las bodegas del barco junto a la sala de máquinas, lo más lejos posible del aire puro de cubierta. Escena que recordaba extrañamente a los barcos negreros de antaño.

La Cruz Roja, con la aprobación del gobierno, separaba las donaciones de sangre de los blancos y los negros. Irónicamente, fue un médico negro, Charles Drew, quien desarrolló el sistema de bancos de sangre. Le pusieron a cargo de las donaciones durante la guerra y luego, cuando intentó poner fin a la segregación sanguínea, le despidieron. A pesar de la urgente necesidad de trabajadores en tiempo de guerra, todavía se discriminaba a los negros a la hora de dar empleo. Un portavoz de la fábrica de aviones de la costa oeste dijo: *"Solo se empleará a los negros como porteros y en ocupaciones similares... Sea cual fuere su capacidad como constructores de aviones, no los contrataremos"*. Roosevelt jamás hizo nada para poner en vigor las órdenes de la Fair Employment Practices Commission (Comisión para la Práctica del Empleo Justo) que él mismo había establecido.

Era conocida la insistencia de los países fascistas en que el sitio de la mujer

estaba en el hogar. Sin embargo, la guerra contra el fascismo -aunque utilizaba mujeres en fábricas, donde hacían muchísima falta- no tomó medidas especiales para cambiar su papel subordinado. A pesar de la gran cantidad de mujeres ocupadas en trabajos relacionados con la guerra, la War Manpower Commission (Comisión de Mano de Obra de Guerra) no dejaba participar a las mujeres en sus organismos directivos. Un informe del Departamento de la Mujer del ministerio de Trabajo escrito por su directora, Mary Anderson, decía que la War Manpower Commission tenía "dudas e intranquilidad" sobre "lo que entonces se consideraba como una creciente actitud militante o un espíritu de lucha por parte de las dirigentes".

En una de sus políticas, Estados Unidos estuvo cerca de imitar directamente al fascismo. Esto pasó con el trato a los americanos de origen japonés que vivían en la costa oeste. Tras el ataque a Pearl Harbor, la histeria antijaponesa se extendió en el gobierno. Un congresista dijo: "Estoy a favor de coger ahora a cada japonés que viva en América, Alaska y Hawái y meterlos en campos de concentración... ¡Malditos sean! ¡Librémonos de ellos!"

Franklin D. Roosevelt no compartió ese frenesí, pero en febrero de 1942, firmó tranquilamente la Orden Ejecutiva 9066, que otorgaba al ejército el poder de arrestar -sin orden judicial, ni acta de acusación, ni audiencia- a todo japonés de la costa oeste, un total de 110.000 hombres, mujeres y niños. Podían sacarlos de sus casas, transportarlos a campos de concentración en el interior del país y tenerlos allí en régimen penitenciario. De estos japoneses, tres cuartas partes eran *nisei* -niños nacidos en Estados Unidos de padres japoneses y por tanto ciudadanos americanos. La ley denegó la ciudadanía a los restantes, los *issei* -nacidos en Japón. En 1944, el Tribunal Supremo apoyó la evacuación forzosa, alegando que era necesario para el ejército. Los japoneses permanecieron en estos campos de concentración durante más de tres años. Hubo huelgas, peticiones, asambleas masivas, disturbios contra las autoridades del campo y negativas a firmar juramentos de lealtad. La japonesa Michi Weglyn era una niña cuando detuvieron y evacuaron a su familia. En su libro *Years of Infamy*, Weglyn habla de chapucería en la evacuación y de la miseria que soportaron hasta el final.

La guerra estaba siendo llevada a cabo por un gobierno cuyo principal beneficiario, a pesar de las muchas reformas, era la élite rica. En 1941, cincuenta y seis grandes corporaciones se hacían cargo de tres cuartos del total de los contratos militares. De los mil millones de dólares gastados, 400 millones fueron a parar a diez grandes corporaciones.

Aunque había 12 millones de trabajadores organizados en el CIO y en el AFL, el laborismo se encontraba en una posición subordinada. Establecieron comités de gestión del trabajo en cinco mil fábricas como un gesto hacia la democracia industrial, pero actuaron principalmente como grupos disciplinarios para trabajadores absentistas y como herramientas para aumentar la producción.

A pesar de la abrumadora atmósfera de patriotismo y de dedicación total para ganar la guerra, y a pesar de las promesas del AFL y el CIO de no convocar huelgas, muchos de los trabajadores del país -frustrados por la congelación salarial mientras los beneficios empresariales se disparaban- fueron a la huelga. Durante la guerra, hubo catorce mil huelgas, que concernían a 6.770.000 trabajadores, más que en ningún otro período similar en la historia americana. Sólo en 1944, hicieron huelga un millón de trabajadores de las minas, de las acerías y de las industrias del automóvil y de los equipos de transporte. Cuando finalizó la guerra, hubo un número record de huelgas: en la primera mitad de 1946, se declararon en huelga 3 millones de trabajadores. Bajo el ruido de entusiasmo patriótico, había mucha gente que pensaba que la guerra estaba mal, incluso en las circunstancias de la agresión fascista. De los 10 millones reclutados por las fuerzas armadas durante la II Guerra Mundial, 43.000 se negaron a combatir. Muchos otros ni siquiera se presentaron para el reclutamiento. El gobierno computó unos 350.000 casos de evasión al reclutamiento. Y esto a pesar de que la comunidad americana estaba casi unánimemente a favor de la guerra.

La literatura posterior a la II Guerra Mundial -*From Here to Eternity* de James Jones, *Catch-22* de Joseph Heller y *The Naked and the Dead* de Norman Mailer- captó esta ira de los *GIs* contra el alto mando del ejército. En *The Naked and the Dead*, unos soldados están hablando durante una batalla y uno de ellos dice:

"Lo único malo de este ejército es que nunca ha perdido una guerra".
Toglió se sorprendió: "¿Crees que deberíamos perder ésta?"
Red notó cómo se exaltaba: "¿Qué tengo yo contra los malditos japoneses?"
"¿Crees que me importa si se quedan con esta maldita jungla? ¿A mí qué me importa si Cummings consigue otro galón?"
"El general Cummings es un buen hombre" -dijo Martinez.
"No hay ni un oficial bueno en todo el mundo" -afirmó Red.

Parecía haber una indiferencia generalizada, hostilidad incluso, por parte

de la comunidad negra hacia la guerra, a pesar de los intentos de los periódicos para negros y los intentos de los líderes negros para movilizar sus sentimientos. Un periodista negro escribió: "Los negros están enfadados, resentidos y completamente apáticos con respecto a la guerra. ¿Luchar por qué?" se preguntan.

Un estudiante de una universidad para negros dijo a su profesor: "El ejército nos discrimina. La armada sólo nos deja servir como soldados de cantina. La Cruz Roja rechaza nuestra sangre. Ni los patronos ni los sindicatos nos admiten. Los linchamientos continúan. No tenemos derechos, hay racismo contra nosotros, nos escupen. ¿Qué más podría hacernos Hitler?"

Walter White repitió esto ante un público negro de varios miles de personas en el medio oeste, pensando que no lo verían con buenos ojos, pero en vez de eso, como recuerda White:

Para mi sorpresa y consternación, la audiencia estalló en tales aplausos que me costó unos 30 ó 40 segundos hacer silencio.

Los negros carecían, sin embargo, de una oposición antibélica organizada. De hecho, había poca oposición organizada en cualquier grupo. El Partido Comunista apoyaba la guerra con entusiasmo. El Partido Socialista no encontraba dividido, incapaz de decantarse hacia uno u otro lado.

Unos pocos grupúsculos anarquistas y pacifistas se negaron a apoyar la guerra. La Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad dijo: "La guerra entre las naciones o entre clases o razas no puede resolver permanentemente los conflictos o curar las heridas que los crearon". El *Catholic Worker* escribió: "Aún somos pacifistas".

La dificultad de hacer sólo llamadas a la "paz" en un mundo de capitalismo, fascismo y comunismo, con sus ideologías dinámicas y sus acciones agresivas, preocupaba a algunos pacifistas. Comenzaron a hablar de la "no-violencia revolucionaria". A.J. Muste, de la Comunidad de Reconciliación dijo que el mundo estaba en medio de una revolución y los que están contra la violencia deben actuar de forma revolucionaria, pero sin violencia. Un movimiento de pacifismo revolucionario tendría que "contactar de modo efectivo con grupos oprimidos y minoritarios tales como los negros, los aparceros o los trabajadores industriales".

Tan sólo un grupo socialista organizado se opuso abiertamente a la guerra: el Partido Socialista de los Trabajadores. En 1943, en Minneapolis,

condenaron a 18 miembros del partido por violar la Ley Smith, que declaraba ilegal unirse a cualquier grupo que preconizara "el derrocamiento del gobierno mediante la fuerza y la violencia". Les sentenciaron a penas de prisión y el Tribunal Supremo se negó a revisar el caso.

Unas pocas voces continuaban insistiendo en que la verdadera guerra se libraba dentro de cada nación. La revista de Dwight Macdonald de la época de la guerra *Politics* presentó a comienzos de 1945 un artículo escrito por el obrero-filósofo francés Simone Weil:

Tanto si a la máscara se le llama fascismo, democracia o dictadura del proletariado, nuestro gran adversario sigue siendo el aparato del gobierno -la burocracia, la policía y el ejército- y la peor traición será siempre subordinarnos a dicho aparato y pisotear en su beneficio todos los valores humanos que hay en nosotros y en los demás.

Sin embargo, movilizaron a la inmensa mayoría de la población americana para ayudar en la guerra, tanto en el ejército como en la vida civil, y la atmósfera bélica envolvía cada vez más a los americanos. Los sondeos de opinión pública mostraban que la gran mayoría de los soldados estaban a favor del reclutamiento obligatorio para el período de posguerra. El odio al enemigo, especialmente a los japoneses, se hizo muy común. Era evidente que el racismo estaba presente. La revista *Time*, relatando la batalla de Iwo Jima, decía: "El japonés medio es irracional e ignorante. Quizá sea humano, pero nada lo indica".

Así que había un apoyo masivo a lo que sería el mayor bombardeo de civiles jamás llevado a cabo en una guerra: los ataques aéreos a ciudades alemanas y japonesas.

Italia había bombardeado ciudades durante la guerra con Etiopía; Italia y Alemania habían bombardeado a civiles durante la Guerra Civil española; al comienzo de la II Guerra Mundial, aviones alemanes bombardearon Rotterdam en Holanda, Coventry en Inglaterra y otros lugares. Roosevelt describió esos ataques como una "barbaridad inhumana que ha conmocionado profundamente la conciencia de la humanidad".

Esos bombardeos alemanes fueron leves en comparación con los bombardeos británicos y americanos de las ciudades alemanas. En enero de 1943, los aliados se reunieron en Casablanca y acordaron llevar a cabo ataques aéreos a gran escala para lograr "la destrucción y dislocación del ejército alemán, del sistema industrial y económico y socavar la moral del pueblo

alemán hasta tal punto que se debilita fatalmente su capacidad para la resistencia armada".

De esta forma, empezaron los bombardeos masivos de ciudades alemanas con ataques de mil aviones sobre Colonia, Essen, Frankfurt y Hamburgo.

Los ingleses volaban de noche sin ninguna pretensión de apuntar a objetivos militares; los americanos volaban durante el día y pretendían ser precisos, lo que era imposible pues se bombardeaba desde grandes altitudes. La cúspide de estos horribles ataques fue el bombardeo de Dresde a comienzos de 1945, en el que el tremendo calor que causaron las bombas creó un vacío en el que los incendios originaron rápidamente una gran tormenta de fuego que arrasó la ciudad. En Dresde murieron más de cien mil personas.

Con el bombardeo de ciudades japonesas, continuaba la estrategia de bombardeos de saturación para destruir la moral de los civiles; una noche, un bombardeo sobre Tokio se cobró ochenta mil vidas. Más tarde, el 6 de agosto de 1945, apareció el solitario avión americano en el cielo de Hiroshima. Lanzó la primera bomba atómica, que mató a unos cien mil japoneses y dejó a decenas de miles muriendo lentamente por los efectos de la radiación. La bomba también mató a doce aviadores americanos que estaban en la cárcel de Hiroshima, un hecho que el gobierno norteamericano jamás ha admitido oficialmente. Tres días después, lanzaron sobre la ciudad de Nagasaki una segunda bomba atómica, que mató a unas 50.000 personas.

La justificación ofrecida para tales atrocidades era que las bombas atómicas acabarían rápidamente con la guerra y no sería necesario invadir Japón. El gobierno norteamericano decía que dicha invasión costaría un enorme número de vidas -un millón, según el secretario de Estado, Byrnes; Truman aseguró que la cifra que le dio el general George Marshall era de medio millón. Estos cálculos de las bajas en caso de invasión se los sacaron de la manga para justificar las bombas sobre Japón, que a medida que se iban conociendo sus efectos, horrorizaban cada vez a más gente.

En agosto de 1945, Japón ya estaba en una situación desesperada y listo para rendirse. Poco después de la guerra, el analista militar Hanson Baldwin escribió en el *New York Times*:

Para cuando el tratado de Postdam exigió la rendición incondicional el 26 de julio, el enemigo, en lo concerniente a lo militar, estaba en una situación

estratégica desesperada. Tal era entonces la situación cuando arrasamos Hiroshima y Nagasaki. ¿Teníamos que haberlo hecho? Por supuesto, nadie puede estar seguro, pero la respuesta es casi con toda probabilidad negativa.

El United States Strategic Bombing Survey (Estudio sobre el Bombardeo Estratégico Estadounidense) -que el ministerio de la Guerra fundó en 1944 para estudiar los resultados de los ataques aéreos durante la guerra- entrevistó a cientos de dirigentes civiles y militares japoneses tras la rendición de Japón, y justo tras la guerra, informó:

Con toda probabilidad, Japón se hubiera rendido antes del 1 de noviembre de 1945 y sin duda antes del 31 de diciembre de 1945, incluso si no les hubieran lanzado las bombas atómicas, incluso si Rusia no hubiera entrado en la guerra e incluso si no se hubiera planeado o sopesado ninguna invasión.

Pero, ¿podían los dirigentes americanos haber sabido esto en agosto de 1945? Está claro que la respuesta es sí. Habían descifrado el código japonés y estaban interceptando los mensajes de Japón. Sabían que los japoneses habían dado instrucciones para que su embajador en Moscú discutiera con los aliados negociaciones de paz. El 13 de julio, el ministro de Asuntos Exteriores, Shigenori Togo, telegrafió a su embajador en Moscú: "*La rendición incondicional es lo único que obstaculiza la paz*".

Si los americanos no hubieran insistido en la rendición incondicional, es decir, si hubieran querido aceptar como condición para la rendición que el emperador -una figura sagrada para los japoneses- continuara donde estaba, los japoneses habrían aceptado parar la guerra.

¿Por qué Estados Unidos no dio ese pequeño paso para salvar vidas, tanto americanas como japonesas? ¿Era porque habían invertido demasiado dinero y esfuerzo en la bomba atómica como para no lanzarla? ¿O era -como ha sugerido el científico británico P.M.S. Blackett (en su libro *Fear, War, and the Bomb*)- que Estados Unidos ansiaba lanzar las bombas antes de que los rusos entraran en la guerra contra Japón?

Los rusos (que oficialmente no estaban en guerra con Japón) habían acordado secretamente que entrarían en la guerra noventa días después del fin de la guerra europea. Ese día resultó ser el 8 de mayo, de tal forma que el 8 de agosto, se esperaba que los rusos declarasen la guerra a Japón. Pero para entonces, ya habían lanzado la gran bomba y, al día siguiente, lanzarían otra en Nagasaki. Japón se rendiría ante Estados Unidos, no ante Rusia. Estados Unidos sería quien ocuparía el Japón de la posguerra. Una nota en el diario de

James Forrestal, ministro de la Armada, del 28 de julio de 1945, describe al secretario de Estado, James F. Byrnes como *"con muchas ganas de acabar con el tema de Japón antes de que entren los rusos"*.

Truman dijo que *"el mundo se dará cuenta de que la primera bomba atómica se lanzó en Hiroshima, una base militar, porque en ese primer ataque deseábamos evitar, en la medida de lo posible, la muerte de civiles"*. El U.S. Strategic Bombing Survey dijo en su informe oficial que *"se eligió como objetivos a Hiroshima y Nagasaki debido a la concentración de actividades y población"*.

El lanzamiento de la segunda bomba en Nagasaki parece que se planeó de antemano, y nadie ha podido explicar jamás por qué se lanzó. ¿Era porque se trataba de una bomba de plutonio, mientras que la de Hiroshima era una bomba de uranio? ¿Fueron los muertos y heridos de Nagasaki víctimas de un experimento científico? Probablemente, entre los muertos en Nagasaki había prisioneros de guerra americanos. Un informe del ejército advirtió sobre todo esto, pero el plan continuó como estaba previsto.

Es cierto que después la guerra acabó rápidamente. Un año antes, habían derrotado a Italia. Recientemente, Alemania se había rendido, derrotada principalmente por los ejércitos soviéticos en el frente oriental, ayudados por los ejércitos aliados en el oeste. Ahora se rendía Japón. Las potencias fascistas estaban destruidas.

Pero ¿qué pasaba con el fascismo como idea, como realidad? ¿Habían desaparecido sus elementos esenciales -el militarismo, el racismo y el imperialismo? ¿O habían absorbido los vencedores estos elementos?

Los vencedores eran la Unión Soviética y Estados Unidos (también Inglaterra, Francia y la China nacionalista, pero éstos eran débiles). Ahora estas potencias se pusieron manos a la obra -bajo la envoltura del "socialismo" por un lado y la "democracia" por el otro- para hacerse con sus propias áreas de influencia. Procedieron a compartir y pelearse por el dominio del mundo, a construir artefactos bélicos mucho mayores que los que habían construido los países fascistas, y a controlar los destinos de más países de los que Hitler, Mussolini y Japón hubieran podido dominar.

También actuaron para controlar a sus propias poblaciones, cada país con sus propias técnicas - toscas en la Unión Soviética, sofisticadas en Estados Unidos- para asegurar su mandato.

La guerra produjo grandes beneficios a las corporaciones, pero también bajó los precios -para el beneficio de los granjeros-, mejoró los salarios e hizo prosperar a la suficiente cantidad de gente como para asegurar que no se multiplicaran las rebeliones que tanto habían amenazado la década de los treinta.

Fue una vieja lección que los gobiernos habían aprendido: que la guerra implica problemas de control. Charles E. Wilson, presidente de General Electric Corporation, estaba tan contento con la situación durante la guerra, que sugirió una alianza continua entre las corporaciones y el ejército para *"una economía de guerra permanente"*.

Eso es lo que sucedió. Los ciudadanos americanos estaban cansados de la guerra, pero la administración Truman (Roosevelt había muerto en abril de 1945) se esforzó por crear un clima de crisis y de guerra fría. Es cierto que la realidad con la Unión Soviética era real. La Unión Soviética, que acabó la guerra con una economía arruinada y 20 millones de muertos, estaba haciendo una reaparición sorprendente, reconstruyendo su industria, recuperando fuerza militar. Sin embargo, la administración Truman presentó a la Unión Soviética no sólo como un rival sino como una amenaza inminente.

Con una serie de maniobras, tanto en el extranjero como en el país, estableció un clima de miedo, una histeria con respecto al comunismo, que haría aumentar enormemente el presupuesto militar y estimularía la economía con pedidos relacionados con la guerra. Esta combinación de políticas haría posibles acciones más agresivas en el extranjero y acciones más represoras en el propio país.

Al pueblo americano le describían los movimientos revolucionarios en Europa y Asia como ejemplos del expansionismo soviético, recordándoles así la indignación que sintieron contra las agresiones de Hitler.

En Grecia, bajo una dictadura de derechas, encarcelaron a los oponentes al régimen y destituyeron a los dirigentes de los sindicatos. Comenzó a crecer un movimiento guerrillero de izquierdas. Gran Bretaña dijo que no podía controlar la rebelión y pidió a Estados Unidos que interviniera. Como dijo más tarde un oficial del Departamento de Estado: *"En una hora, Gran Bretaña le ha pasado el papel de líder internacional a Estados Unidos"*.

Estados Unidos respondió con la Doctrina Truman, como se llamó a un discurso que dio Truman al Congreso en la primavera de 1947, en el que pidió

400 millones de dólares para ayudar militar y económicamente a Grecia y Turquía. Truman dijo que los Estados Unidos debían ayudar a "los pueblos libres que están resistiendo intentos de subyugación por parte de minorías armadas o por presiones del exterior". La retórica era acerca de la libertad pero lo que le interesaba a Estados Unidos era la proximidad de Grecia al petróleo de Oriente Medio.

Con la ayuda militar de Estados Unidos, en 1949 ya habían derrotado la rebelión. Estados Unidos continuó dando ayuda económica y militar al gobierno griego. Llegó a Grecia un flujo de inversiones de capital de la Ford, Dow Chemical, Chrysler y otras corporaciones norteamericanas. Pero el analfabetismo, la pobreza y el hambre seguían siendo comunes allí, y Estados Unidos había logrado que se mantuviera en el poder una brutal dictadura militar.

En China, cuando acabó la II Guerra Mundial, ya estaba teniendo lugar una revolución, liderada por un movimiento comunista con un enorme apoyo popular. El Ejército Rojo, que había luchado contra los japoneses, combatía ahora para derrocar la corrupta dictadura de Chiang Kai-shek, que Estados Unidos apoyaba pero que -según el propio Papel Blanco sobre China del Departamento de Estado- había perdido la confianza de sus propias tropas y de su propio pueblo. En enero de 1949, fuerzas comunistas chinas llegaron a Pequín, concluyó la guerra civil y China estaba en manos de un movimiento revolucionario -lo más cercano, en la larga historia de ese antiguo país, a un gobierno del pueblo, independiente del control externo.

En la década de la posguerra, Estados Unidos estaba tratando de crear un consenso nacional de conservadores y liberales, republicanos y demócratas, en torno a las políticas de la guerra fría y el anticomunismo. Dicha coalición podía crearse de forma más efectiva por un presidente demócrata liberal, cuya agresiva política exterior fuese apoyada por los conservadores y cuyos programas de bienestar social en el país (el *Fair Deal* o Trato Justo de Truman) atrajeran a los liberales. En 1950 tuvo lugar un acontecimiento que aceleró la formación del consenso entre liberales y conservadores: la guerra no declarada de Truman en Corea.

Corea, ocupada por Japón durante 35 años, fue liberada de Japón tras la II Guerra Mundial y dividida en Corea del Norte -con una dictadura socialista que era parte de la esfera de influencia soviética- y Corea del Sur -una dictadura de derechas dentro de la esfera americana.

Hubo amenazas esporádicas entre las dos Coreas y cuando el 25 de junio de 1950, los ejércitos nortcoreanos fueron hacia el sur y atravesaron el paralelo 38 para invadir Corea del Sur, las Naciones Unidas -dominadas por Estados Unidos- pidió ayuda a sus miembros para "repeler el ataque armado". Truman dio la orden para que las fuerzas armadas norteamericanas ayudasen a Corea del Sur y el ejército americano pasó a ser el ejército de la ONU. "Una vuelta al dominio de la fuerza en asuntos internacionales" dijo Truman "tendría efectos trascendentales. Estados Unidos continuará apoyando el dominio de la ley".

La respuesta estadounidense al "dominio de la fuerza" fue arrasar tanto Corea del Norte como del Sur durante tres años de bombardeos. Lanzaron napalm y un periodista de la BBC describió el resultado:

Teníamos frente a nosotros a una extraña figura en cucullas, con las piernas abiertas y los brazos extendidos. No tenía ojos y todo su cuerpo -del que se veía la mayor parte por entre jirones de harapos quemados- estaba cubierto por una dura costra negra moteada de pus amarillo.

En la guerra de Corea mataron a unos 2 millones de coreanos del norte y del sur, y todo en nombre de la oposición al "dominio de la fuerza".

La resolución de la ONU había llamado a la acción "para repeler el ataque armado y restaurar la paz y la seguridad en el área". Pero los ejércitos americanos, tras hacer retroceder a los nortcoreanos fuera del paralelo 38, avanzaron por toda Corea del Norte hasta el río Yalu en la frontera con China, lo que provocó la entrada de China en la guerra. Entonces los chinos avanzaron hacia el sur y la guerra se paralizó en el paralelo 38 hasta que, en 1953, las negociaciones de paz restauraron la antigua frontera entre norte y sur.

La guerra de Corea hizo que los liberales respaldaran a la guerra y al presidente. Creó el tipo de coalición necesaria para sostener una política de intervención en el extranjero y una economía militar en Estados Unidos. Esto creó problemas para los que no estaban en la coalición, a los que tacharon de críticos radicales.

La izquierda se había hecho muy influyente en los duros tiempos de los años treinta y durante la guerra contra el fascismo. El Partido Comunista no contaba con muchos afiliados -probablemente menos de 100.000- pero era una potente fuerza entre los sindicatos, que contaban con millones de

afiliados, entre los artistas y entre infinidad de americanos; a quienes el fracaso del sistema capitalista pudo haber llevado a considerar favorablemente al comunismo y al socialismo. De esta forma, si, tras la II Guerra Mundial, el sistema quería asentar más el capitalismo en el país y lograr un consenso favorable al imperio americano, tenía que debilitar y aislar a la izquierda.

El 22 de marzo de 1947, dos semanas después de presentar al país la Doctrina Truman para Grecia y Turquía, Truman promulgó la Orden Ejecutiva 9835, iniciando un programa para localizar cualquier "infiltración de personas desleales" en el gobierno americano. Durante los cinco años siguientes, investigaron a unos seis millones de funcionarios del gobierno. Despidieron a unos 500 por "lealtad cuestionable".

Los acontecimientos internacionales que tuvieron lugar justo después de la guerra, facilitaron el apoyo popular a favor de la cruzada anticomunista en Estados Unidos. En 1948, el Partido Comunista de Checoslovaquia expulsó del gobierno a los que no eran comunistas, y estableció su propio mandato. Ese año, la URSS bloqueó Berlín -una ciudad ocupada por varias naciones y aislada dentro del área de influencia soviética en la Alemania Oriental- obligando a Estados Unidos a aerotransportar suministros a Berlín. En 1949, tuvo lugar la victoria comunista en China y, ese mismo año, la Unión Soviética hizo estallar su primera bomba atómica. En 1950, comenzó la guerra de Corea. En Estados Unidos describieron todos estos acontecimientos a la opinión pública como indicios de una conspiración comunista internacional.

Por todo el mundo, se estaban rebelando los pueblos coloniales, que exigían la independencia: en Indochina, contra los franceses; en Indonesia, contra los holandeses; y en Filipinas, contra Estados Unidos.

En países africanos como Kenia, Sudáfrica y en los del oeste de África (bajo dominio francés) hubo señales de descontento en forma de huelgas.

De modo que no era sólo la expansión soviética la que estaba amenazando al gobierno de Estados Unidos y a los intereses financieros americanos. De hecho, los acontecimientos en China, Corea, Indochina y Filipinas, eran movimientos comunistas locales, y no la expansión de la Unión Soviética. Se trataba de una oleada general de insurrección antiimperialista en el mundo, que Estados Unidos quería derrotar. Para ello, sería necesaria la unidad nacional, que se dedicase buena parte del presupuesto del Estado para armamento y que se suprimiera en el país la oposición a tal política exterior.

En esta atmósfera, el senador de Wisconsin Joseph McCarthy podía ir aún más lejos que Truman.

Como presidente del Subcomité Permanente de Investigaciones del Comité del Senado sobre Operaciones Gubernamentales, McCarthy aseguró que en el Departamento de Estado había cientos de comunistas -afirmación para la que no tenía prueba alguna. Investigó el programa de información del Departamento de Estado, su publicación *Voice of America* (La voz de América) y sus bibliotecas en el extranjero, que contaban con libros escritos por personas que McCarthy consideraba comunistas.

El Departamento de Estado reaccionó con pánico y mandó una avalancha de directivos a sus centros bibliotecarios de todo el mundo. Se eliminaron 40 libros, incluidos *The Selected Works of Thomas Jefferson*, editado por Philip Foner y el libro de Lillian Hellman *The Children's Hour*. También quemaron algunos libros.

McCarthy se envalentonó. Durante la primavera de 1954, comenzó una serie de audiencias para investigar a militares supuestamente subversivos. Cuando empezó a atacar a algunos generales por no ser lo suficientemente severos con los presuntos comunistas, se granjeó la enemistad tanto de republicanos como de demócratas. En diciembre de 1954, el Senado votó abrumadoramente a favor de censurarlo por "conducta indigna de un miembro del Senado de los Estados Unidos".

Por las mismas fechas en que el Senado estaba censurando a McCarthy, congresistas tanto liberales como conservadores hacían aprobar toda una serie de proyectos de ley anticomunistas. El liberal Hubert Humphrey introdujo una propuesta para ilegalizar el Partido Comunista, diciendo: "No tengo intención de ser un patriota pusilánime". En calidad de líder minoritario del Senado, Lyndon Johnson se esforzó para aprobar una moción de censura contra McCarthy, pero también se esforzó para mantener dicha censura en los estrechos límites de una "conducta indigna de un miembro del Senado de los Estados Unidos", más que poner en tela de juicio el anticomunismo de McCarthy.

Siendo senador, John F. Kennedy no habló claro en contra de McCarthy (Kennedy estaba ausente cuando se votó la moción de censura y nunca dijo qué hubiera votado de estar allí). La insistencia de McCarthy en afirmar que el comunismo se había impuesto en China debido a la tolerancia del gobierno americano hacia el comunismo, era similar al propio punto de vista de

Kennedy, expresado en la Cámara de los Diputados, en enero de 1949, cuando los comunistas chinos se hicieron con el poder en Pekín:

Nuestros diplomáticos y sus consejeros, los Lattimore y los Fairbank [eruditos en historia china: Owen Lattimore era una de las dianas preferidas de McCarthy; John Fairbank era catedrático en Harvard] estaban tan preocupados con la imperfección del sistema democrático en China, que no tuvieron presente nuestros enormes intereses en una China sin comunismo. ahora, esta Cámara debe asumir la responsabilidad de impedir que la fuerza avalancha de comunismo se trague toda Asia.

Los senadores liberales Hubert Humphrey y Herbert Lehman propusieron que se establecieran centros de detención (que en realidad eran campos de concentración) para sospechosos de subversión, a quienes se detendría sin juicio cuando el presidente declarase una "emergencia interna de seguridad". Esto se añadió a la Ley de Seguridad Interna de los Republicanos, que exigía el registro de organizaciones comunistas y estableció los campos de concentración propuestos, y ya listos para usarse. (En 1968, una época de desilusión generalizada con el anticomunismo, se anuló esta ley).

La orden ejecutiva de Truman sobre la lealtad de 1947 exigió que el ministerio de Justicia redactara una lista de organizaciones que le parecieran a dicho ministerio "totalitarias, fascistas, comunistas o subversivas, o que pretendan alterar la forma de gobierno de Estados Unidos con medios inconstitucionales". Al determinar deslealtad, se consideraría no sólo el ser miembro de cualquier organización de la lista del ministro de Justicia, sino también "asociación solidaria" con dichas organizaciones. En 1954, ya había cientos de grupos en la lista.

La administración Truman inició una serie de acciones judiciales que intensificaron el ánimo anticomunista de la nación. De estos enjuiciamientos, el más importante fue el caso de Julius y Ethel Rosenberg, que tuvo lugar el verano de 1950.

Los Rosenberg fueron acusados de espionaje. Las pruebas mayores las proporcionaron unas pocas personas que ya habían confesado ser espías y que estaban o bien en la cárcel o bajo acusación. David Greenglass, hermano de Ethel Rosenberg, era el testigo principal. Greenglass había sido maquinista en el laboratorio del Proyecto Manhattan en Los Alamos (Nuevo México) en 1944 y 1945, cuando se estaba construyendo allí la bomba atómica.

Greenglass testificó que Julius Rosenberg le había pedido que consiguiera información para los soviéticos.

El químico Harry Gold, que estaba cumpliendo una condena de treinta años por otro caso de espionaje, salió de prisión para corroborar el testimonio de Greenglass. Gold nunca se había reunido con los Rosenberg, pero dijo que un oficial de la embajada soviética le dio la mitad de una tapa de Jello y le pidió que se pusiera en contacto con Greenglass, diciendo: "Vengo de parte de Julius". Gold dijo que cogió los croquis que Greenglass había dibujado de memoria y se los dio al oficial soviético.

Todo esto tenía aspectos problemáticos. ¿Cooperó Gold a cambio de que le pusieran pronto en libertad? Tras cumplir 15 años de una condena de 30, estaba en libertad condicional. ¿Sabía también Greenglass que estaba bajo acusación cuando testificó que su vida dependía de su cooperación? Le dieron una sentencia de 15 años, cumplió la mitad y le pusieron en libertad.

¿Hasta qué punto era fiable el testimonio de Gold? Resultó que le habían preparado para el caso Rosenberg con 400 horas de entrevistas con el FBI. Resultó también que Gold mentía frecuentemente con mucha imaginación.

La conexión de los Rosenberg con el Partido Comunista fue un factor importante en el juicio. El jurado dijo que eran culpables y el juez Irving Kaufman dictó sentencia, diciendo que eran responsables de la muerte de 50.000 soldados americanos en Corea. Les condenó a ambos a morir en la silla eléctrica.

Morton Sobell también estaba procesado, acusado de conspirar con los Rosenberg. El principal testigo en su contra era un viejo amigo suyo, quien hizo de testigo en su boda y sobre quien pesaba una posible acusación de perjurio por parte del gobierno federal por mentir sobre su pasado político. Las pruebas de la acusación contra Sobell eran tan débiles que su abogado pensó que no era necesario presentar una defensa. Pero el jurado le declaró culpable y el juez Kaufman le condenó a 30 años de cárcel. Le enviaron a Alcatraz, le denegaron rápidamente la libertad condicional y pasó 19 años en varias prisiones, hasta que salió en libertad.

Documentos del FBI, que mandaron sacar a la luz en los años setenta, mostraban que el juez Kaufman se puso de acuerdo secretamente con los fiscales sobre las sentencias que dictaría en el caso. Otro documento muestra que el juez supremo Fred Vinson del Tribunal Supremo aseguró en secreto al

ministro de Justicia de los Estados Unidos que si algún juez del Tribunal Supremo concedía un aplazamiento de la ejecución, convenía inmediatamente un pleno judicial y lo anularía.

Hubo una campaña mundial de protesta. Albert Einstein, cuya carta a Roosevelt al comienzo de la guerra había iniciado el trabajo en la bomba atómica, hizo un llamamiento en favor de los Rosenberg, al igual que hicieron Jean-Paul Sartre, Pablo Picasso y la hermana de Bartolomeo Vanzetti. Hubo una petición de clemencia al presidente Truman, justo antes de que dejara la presidencia en la primavera de 1953. Fue rechazada. Después, otra petición hecha al nuevo presidente, Dwight Eisenhower, también fue rechazada.

En el último momento, el juez William O. Douglas concedió un aplazamiento de la ejecución. El juez supremo Vinson envió aviones especiales para llevar de nuevo a Washington a los jueces, que pasaban sus vacaciones en distintas partes del país. Cancelaron el aplazamiento concedido por Douglas a tiempo para que los Rosenberg fueran ejecutados el 19 de junio de 1953.

En ese mismo período, al comienzo de los años cincuenta, el House Un-American Activities Committee (Comité de Actividades Antiamericanas) estaba en pleno apogeo, interrogando a muchos americanos acerca de sus conexiones comunistas, despreciándoles si se negaban a contestar y distribuyendo millones de panfletos al pueblo americano con títulos como "Cien cosas que Ud. debería saber sobre el comunismo" ("¿Dónde pueden encontrarse comunistas? En todas partes"). Los liberales criticaban a menudo al Comité, pero en el Congreso, tanto liberales como conservadores votaban año tras año a favor de darles fondos.

Fue el ministerio de Justicia de Truman el que procesó a los dirigentes del Partido Comunista -amparándose en la Ley Smith- y les acusó de conspiración por adoctrinar y preconizar el derrocamiento del gobierno mediante la fuerza y la violencia. Las pruebas para procesarlos se basaban sobre todo en el hecho de que los comunistas estaban distribuyendo libros marxistas-leninistas que, según la acusación, exhortaban a la revolución violenta. Por supuesto, no había ninguna prueba de ningún peligro inmediato de revolución violenta por parte del Partido Comunista. Pero el Tribunal Supremo, presidido por el juez supremo Vinson, designado por Truman, amplió la vieja doctrina del "peligro inminente", diciendo que había una conspiración inminente para llevar a cabo una revolución en el momento adecuado. De modo que metieron en la cárcel a la cúpula del Partido Comunista.

Toda la cultura estaba impregnada de anticomunismo. La historia de un trabajador del FBI sobre sus hazañas como un comunista que se hace agente del FBI, titulada "Vivi tres vidas", apareció por entregas en 500 periódicos y también en televisión. Las películas de Hollywood tenían títulos como "Me casé con un comunista" o "Fui un comunista para el FBI". Entre 1948 y 1954, Hollywood produjo más de 40 películas anticomunistas.

Enseñaban a las personas de cualquier edad que el anticomunismo era heroico. Un superhéroe del comic, el Capitán América, decía: "*Comunistas, ladrones, traidores y agentes extranjeros, ¡tened cuidado! El Capitán América, con el apoyo de todos los hombres libres y leales, os está buscando*". En los años treinta, escolares de todo el país participaban en simulacros de ataques aéreos en el que las sirenas alertaban de un ataque soviético sobre América; los niños tenían que agacharse bajo sus pupitres hasta que no hubiese "peligro".

Se trataba de una atmósfera en la que el gobierno podía obtener apoyo masivo para su política de rearme. El sistema, tan zarandeado en los años treinta, había aprendido que la producción bélica podía traer estabilidad y pingües beneficios. En 1960, el presupuesto militar era ya de 45.800 millones, el 49,7% del presupuesto del Estado. Ese año John F. Kennedy salió elegido presidente e inmediatamente se movilizó para aumentar el gasto militar. Basándose en una serie de miedos inventados, sobre aumentos militares soviéticos, un falso "desnivel de bombas" y "desnivel de misiles", Estados Unidos aumentó su arsenal nuclear hasta que consiguieron una abrumadora superioridad nuclear. Tenían el equivalente en armamento nuclear a 1.500 bombas atómicas como la de Hiroshima, más que de sobra para destruir todas las ciudades importantes del mundo.

Para lanzar dichas bombas, Estados Unidos contaba con más de 50 misiles balísticos intercontinentales, 80 misiles en submarinos nucleares, 90 misiles en bases en diversos países, 1.700 bombarderos con capacidad para llegar a la Unión Soviética, 300 cazabombarderos en los portaaviones, preparados para llevar armamento atómico y mil cazas supersónicos preparados para llevar bombas atómicas, estacionados en tierra.

Obviamente, la Unión Soviética estaba rezagada. Tenía entre 50 y 100 misiles balísticos intercontinentales y menos de 200 bombarderos de largo alcance. Pero el presupuesto militar norteamericano continuó en aumento. Cada vez había más histeria; se multiplicaban los beneficios de las corporaciones que conseguían contratos con el ministerio de Defensa; y los

empleos y salarios aumentaron lo suficiente como para que un número importante de americanos dependieran, para ganarse la vida, de la industria de guerra.

Mientras tanto, Estados Unidos, que daba ayuda económica a ciertos países, estaba creando una red de control corporativo americano sobre el mundo y construyendo su influencia política en los países a los que ayudaba. El Plan Marshall de 1948 -que dio una ayuda económica de 16.000 millones de dólares a países de Europa occidental a lo largo de cuatro años- tenía una finalidad económica: crear mercados para las exportaciones americanas.

El Plan Marshall también tenía un motivo político. Los partidos comunistas de Italia y Francia eran fuertes y Estados Unidos decidió usar presión y dinero para que los comunistas no entrasen en los gobiernos de dichos países.

A partir de 1952, se veía cada vez más claramente que la ayuda a otros países tenía como objetivo el establecer poder militar en países que no fueran comunistas. Cuando John F. Kennedy comenzó su presidencia, fundó la Alianza para el Progreso, un programa de ayuda a Latinoamérica, haciendo hincapié en la reforma social para mejorar el nivel de vida de la población. Pero resultó que era sobre todo ayuda militar para mantener en el poder a dictaduras de derechas y lograr que dichas dictaduras fuesen capaces de aplastar revoluciones.

De la ayuda militar a la intervención militar sólo había un paso. Después de que, en 1953, Irán nacionalizó su industria petrolífera, la CIA organizó el derrocamiento del gobierno iraní. En 1954, en Guatemala, un ejército invasor de mercenarios -adiestrados por la CIA en bases militares en Honduras y Nicaragua y respaldado por cuatro cazas americanos pilotados por americanos- derrocó a un gobierno elegido legalmente, el más democrático que ha conocido Guatemala.

El presidente guatemalteco, Jacobo Arbenz, era un socialista de centro-izquierda: los comunistas tenían cuatro de los cincuenta y seis escaños del Congreso. Lo más inquietante para los intereses financieros norteamericanos era el hecho de que Arbenz había expropiado 234.000 acres de tierra pertenecientes a United Fruit, ofreciendo a cambio una compensación que United Fruit consideró "inaceptable".

El coronel Castillo Armas, que se hizo con el poder gracias al plan

norteamericano, había recibido instrucción militar en Fort Leavenworth (Kansas). Devolvió las tierras a United Fruit, abolió el impuesto sobre intereses y dividendos a los inversores extranjeros, eliminó las elecciones y encarceló a miles de disidentes políticos.

En 1958, el gobierno de Eisenhower envió al Líbano a miles de marines, para asegurarse de que ninguna revolución derrocara al gobierno proamericano de dicho país, y para mantener una presencia militar en ese área rica en petróleo.

Había un acuerdo demócrata-republicano, liberal-conservador, para impedir, cuando fuera posible, la formación de gobiernos revolucionarios, o derrocarlos si estaban en el poder. Ya fuesen comunistas, socialistas o anti-muchos años, la dictadura militar en Cuba de Fulgencio Batista contó con el apoyo de Estados Unidos. Los intereses financieros norteamericanos dominaban la economía cubana, controlando del 80 al 100% de las empresas, minas, ranchos de ganado y refinerías de petróleo, el 40% de la industria azucarera y el 50% de los ferrocarriles públicos.

La minúscula guerrilla de Fidel Castro combatía desde las junglas y montañas contra el ejército de Batista. Conseguían cada vez más apoyo popular, hasta que salieron de las montañas y marcharon por todo el país y llegaron a La Habana. El gobierno de Batista se desmoronó el día de año nuevo de 1959.

Una vez en el poder, Castro se puso en marcha para establecer, a escala nacional, un sistema educativo, de vivienda y de distribución de la tierra para campesinos sin tierras. El gobierno confiscó más de un millón de acres de terreno de tres compañías americanas, incluyendo a la United Fruit.

Cuba necesitaba dinero para financiar sus programas, pero el Fondo Monetario Internacional, dominado por Estados Unidos, no se lo prestaba, ya que Cuba no aceptaba las condiciones de "estabilidad", que parecían debilitar el programa revolucionario que los cubanos habían puesto en marcha. Cuando Cuba firmó un acuerdo comercial con la Unión Soviética, las compañías petrolíferas norteamericanas se negaron a refinar el crudo procedente de la Unión Soviética. Castro confiscó dichas compañías. Estados Unidos redujo sus importaciones de azúcar cubano, de las que dependía la economía de Cuba, e inmediatamente la Unión Soviética acordó comprar las 700.000 toneladas de azúcar que Estados Unidos se negaba a comprar.

En la primavera de 1960, el presidente Eisenhower dio una autorización secreta a la CIA para que armase y entrenase a exiliados cubanos anticastristas en Guatemala para una futura invasión de Cuba. Cuando John F. Kennedy comenzó su presidencia, siguió adelante con los planes y, el 17 de abril de 1961, las fuerzas entrenadas por la CIA, en las que había algunos americanos, llegaron a Bahía de Cochinos, en la costa sur de Cuba, a 90 millas de La Habana. Esperaban incitar una revuelta general contra Castro. Pero se trataba de un régimen popular y no hubo revuelta. El ejército de Castro aplastó a las fuerzas de la CIA en tres días.

Todo el asunto de Bahía de Cochinos estuvo rodeado de hipocresía y mentiras. La invasión fue una violación de un tratado que Estados Unidos había firmado, la Carta de la Organización de Países de América, que dice: *"Ningún Estado, o grupo de Estados, tiene derecho a intervenir, directa o indirectamente, bajo ningún concepto, en los asuntos, internos o externos de ningún otro Estado"*.

Como habían aparecido informes de prensa que informaban sobre bases secretas y la instrucción que la CIA había dado a los invasores, el presidente Kennedy dio una rueda de prensa, cuatro días antes de la invasión: *"Las fuerzas armadas estadounidenses no intervendrán en Cuba bajo ningún concepto"*.

Es cierto que las tropas invasoras estaban compuestas de cubanos, pero todo fue organizado por Estados Unidos y estaban implicados aviones de guerra americanos con pilotos americanos. Kennedy dio la aprobación para usar en la invasión aviones de la armada sin identificar. Murieron cuatro pilotos americanos y el gobierno no dijo la verdad a sus familias sobre la causa de sus muertes.

Algunos periódicos importantes cooperaron con la administración Kennedy para engañar al pueblo americano sobre la invasión cubana: *The New Republic* estuvo a punto de publicar, unas semanas antes de la invasión, un artículo sobre la instrucción de exiliados cubanos por parte de la CIA. Kennedy pidió que no se publicara el artículo y el *The New Republic* accedió, al igual que el *New York Times*.

Hacia 1960, parecía que había triunfado el esfuerzo emprendido quince años atrás, al final de la II Guerra Mundial, para sofocar la ola comunista radical de la época de la guerra y el *New Deal*. El Partido Comunista estaba desmembrado: sus dirigentes se encontraban en prisión; había disminuido

mucho su número de afiliados y su influencia en los movimientos sindicales era muy pequeña. El mismo movimiento sindical estaba más controlado y era más conservador.

El presupuesto militar absorbía la mitad del presupuesto del Estado, y el pueblo lo aceptaba.

Las radiaciones por las pruebas con armas nucleares presentaban efectos peligrosos para la salud del hombre, pero el pueblo no era consciente de este hecho. La Comisión para la Energía Atómica insistió en que se exageraban los efectos letales de las pruebas atómicas. Un artículo en el *Reader's Digest* (la revista más leída en Estados Unidos) decía: *"Simplemente, las historias de miedo sobre las pruebas atómicas en este país no están justificadas"*.

A mediados de los años 50, hubo un frenesí de entusiasmo por los refugios antiáereos: le decían a la gente que les mantendría a salvo de explosiones nucleares. Un experto en ciencias políticas, Henry Kissinger escribió un libro, publicado en 1957, en el que decía: *"Con las técnicas apropiadas, la guerra nuclear no tiene por qué ser tan destructiva como parece"*.

El país se encontraba en una economía de guerra permanente que tenía, sin embargo, grandes focos de pobreza, pero había la suficiente gente con trabajo y ganando lo bastante como para mantener las cosas en calma. La distribución de la riqueza continuaba siendo desigual. En 1953, el 1,6% de la población adulta poseía más del 80% de las acciones y casi el 90% de los bonos de las corporaciones. De 200.000 corporaciones, unas 200 corporaciones gigantes -la décima parte del 1% de todas las corporaciones- controlaban alrededor del 60% de la riqueza industrial de la nación.

Cuando, tras un año de mandato, John F. Kennedy hizo público el presupuesto del Estado, era evidente que no habría ningún cambio significativo en la distribución de los ingresos. El columnista del *New York Times* James Reston resumió los mensajes presupuestarios de Kennedy diciendo que evitaban cualquier *"ambicioso ataque frontal al problema del desempleo"*. Y añadió:

Kennedy acordó reducir los impuestos a las inversiones financieras en expansión industrial y modernización. No se va a pelear con los conservadores del sur sobre el tema de los derechos civiles. Ha estado exhortando a los sindicatos para que eviten las reclamaciones salariales. Durante estos doce meses, el presidente se ha situado en la postura intermedia típica de la política americana.

Dentro de esta postura, apartada de los compromisos, todo parecía seguro. No tenían que hacer nada por los negros. Ni tenían que hacer nada por cambiar las estructuras económicas. Podían continuar con una agresiva política exterior. Y el país parecía estar bajo control. Pero más tarde, en los años 60, hubo una serie de rebeliones explosivas en cada ámbito de la vida americana que demostraron que todos los cálculos de seguridad y éxito del sistema estaban equivocados.

Capítulo 17

¿O EXPLOTA?

La revolución de los negros, tanto del norte como del sur, llegó -como por sorpresa-, en las décadas de 1950 y 1960.

Pero quizás no debiera haber sorprendido tanto. Los recuerdos de la gente oprimida son algo que no puede borrarse, y para las personas que mantienen recuerdos de este tipo, la revolución siempre está a flor de piel. Los negros de los Estados Unidos tenían el recuerdo de la esclavitud, la segregación, los linchamientos y las humillaciones. Y no eran sólo recuerdos sino una presencia viva -parte de las vidas cotidianas de los negros, generación tras generación.

En los años 30, Langston Hughes escribió un poema, *Lenox Avenue Murd*:

*What happens to a dream deferred?
Does it dry up
like a raisin in the sun?
Or fester like a sore-
And then run?
Does it stink like rotten meat?
Or crust and sugar over-
like a syrupy sweet?
Maybe it just sags like a heavy load.
Or does it explode?²⁴*

En una sociedad de complejos controles -brutales y, al mismo tiempo, refinados- se pueden encontrar pensamientos secretos en las artes, y así fue en la sociedad de raza negra. Quizás la música *blues*, por muy patética que fuera, ocultaba la cólera; y el *jazz*, por muy alegre que fuera, presagiaba rebelión. Y también la poesía, en la que los pensamientos ya no son tan secretos. En los años 20, Claude McKay, una de las figuras de lo que se llamaría el *Harlem Renaissance* (Renacimiento de Harlem), escribió un poema que Henry Cabot

24. ¿Qué ocurre con un sueño aplazado? ¿Se seca/ como una pasa al sol? ¿O supura/ como una llaga/ y después echa a correr? ¿Apesta como la carne podrida? ¿O se encorcha/ y granula/ como un dulce en almíbar? Quizás simplemente cuelga como una carga pesada. ¿O explota?

Lodge incluyó en el Archivo del Congreso como un ejemplo de las condiciones peligrosas que había entre los jóvenes negros:

*If we must die, let it not be like hogs
Hunted and penned in an inglorious spot...
Like men we'll face the murderous cowardly pack,
Pressed to the wall, dying, but fighting back!*²⁵

El poema de Countee Cullen *Incident* evocaba recuerdos -todos diferentes pero todos iguales- de la niñez de cada americano negro:

*Once riding in old Baltimore,
Heart-filled, head-filled with glee,
I saw a Baltimorean
Keep looking straight at me.
Now I was eight and very small,
And he was no whit bigger,
And so I smiled, but he poked out
His tongue, and called me, "Nigger".
I saw the whole of Baltimore
From May until December,
Of all the things that happened there
That's all that I remember.*²⁶

En los años 40, había un novelista con talento, un hombre negro, llamado Richard Wright. Su autobiografía de 1937, *Black Boy* contaba la manera en que se veía empujado a pelear con otro chico negro para divertir a hombres blancos. *Black Boy* expresaba sin tapujos todas las humillaciones, pero también el desafío interno:

Los blancos del Sur decían que conocían a los "negros", y yo era lo que los blancos del Sur llamaban un "negro". Bien, los blancos del Sur nunca me habían conocido, nunca habían sabido lo que yo pensaba, lo que yo sentía... Nunca se me había ocurrido que yo fuera un ser inferior en ningún aspecto. Y ninguna palabra que yo hubiera oído de labios de los hombres blancos del Sur me había hecho dudar realmente del valor de mi propia humanidad.

25. Si debemos morir, que no sea como cerdos/ atrapados y acorralados en un lugar vergonzoso.../ Como hombres nos enfrentaremos con la manada asesina y cobarde,/ aplastados contra la pared, muriendo, pero luchando!

26. Una vez cabalgando en el viejo Baltimore,/ el corazón y la cabeza llenos de regocijo,/ vi a un baltimoreano/ que no dejaba de mirarme fijamente./ Yo tenía ocho años y era muy pequeño,/ y él no era ni una pizca mayor,/ así que sonreí, pero él me sacó/ la lengua y me llamó "Negrito"./ Vi todo Baltimore/ desde mayo a diciembre;/ de todas las cosas que ocurrieron allí / eso es todo lo que recuerdo.

Estaba todo ahí, en la poesía, en la prosa, en la música; a veces oculto, a veces obviamente claro: como las señales de una gente sin derrotar, resistente, apasionada, en tensión.

En *Black Boy*, Wright describía la instrucción que recibían los niños negros en América para que siguieran callando. Y también se preguntaba:

¿Qué sienten los negros sobre la manera en que tienen que vivir? ¿Cómo hablan entre ellos acerca de esto cuando están solos? Creo que esta pregunta puede responderse con una sola frase. Un amigo mío que trabajaba en un ascensor me dijo una vez:

¡Dios santo! ¡Si no fuera por la policía y esos grupos de linchadores, sólo habría alboroto aquí abajo!

A pesar de la policía y de los grupos de linchadores, los negros del sur resistieron. El Partido Comunista, muy activo, jugó un papel importante en la defensa de los *Scottsboro Boys*, nueve jóvenes negros acusados falsamente de haber cometido una violación en Alabama.

En Georgia, en 1932, un joven de diecinueve años llamado Angelo Herndon, cuyo padre minero había muerto de silicosis y que de niño había trabajado en las minas de Kentucky, se apuntó en un Consejo de Parados en Birmingham, organizado por el Partido Comunista, y después se hizo del partido. Más tarde escribió:

Toda mi vida había sido explotado y pisoteado y discriminado. Me tumbaba boca abajo en las minas por unos pocos dólares a la semana... y en los tranvías me sentaba en la zona donde los letrados decían "De color", como si hubiera algo asqueroso en mí. Oía como me llamaban "negro" y "negrito" y tenía que decir "Sí, señor" a cada hombre blanco, tanto si le respetaba como si no.

Siempre lo había detestado, pero nunca había oído que pudiera hacerse algo al respecto. Y de repente encontré organizaciones en las que negros y blancos se sentaban juntos y trabajaban juntos y no conocían las diferencias de raza o color...

Herndon se convirtió en un organizador del Partido Comunista en Atlanta. Junto con sus camaradas comunistas, organizó los comités de los Consejos de Desempleo en 1932. Ayudaban a los necesitados a pagar sus alquileres. Organizaban una manifestación a la que acudieron miles de personas -seiscientos de ellas blancas- y al día siguiente la ciudad votó a favor de dar una ayuda de \$6.000 a los parados. Pero poco después Herndon fue arrestado. Lo mantuvieron incomunicado y lo acusaron de violar un estatuto de Georgia que prohibía la insurrección. Recordaba así el juicio:

El Estado de Georgia mostró la literatura que había sido intervenida y la habitación y leyeron algunos pasajes al jurado. Me contestaron minuciosamente. ¿Pensaba yo que los jefes y el gobierno debían pagar no sólo a los trabajadores en paro, y que los negros debían ser completamente iguales que los blancos? ¿Creta que los trabajadores podían dirigir las aserías, los negocios y el gobierno? ¿que no era absolutamente necesario tener jefes? Les dije que todo eso y más...

Herndon fue condenado a cinco años de cárcel hasta que en 1937 la Corte Suprema decretó que el estatuto de Georgia, por el que se le había condenado, era inconstitucional. Hombres como él representaban a la militancia negra que las clases gobernantes consideraban peligrosa, sobre todo cuando sus actividades estaban vinculadas al Partido Comunista.

Había otras personas del mismo talante -y gente importante- vinculadas al Partido Socialista: Benjamin Davis, el abogado negro que defendió a Herndon en el juicio; hombres conocidos a nivel nacional como el cantante y actor Paul Robeson, y el escritor y erudito W. E. B. Du Bois.

El ánimo de la militancia negra, que había tenido sus destellos en los años treinta, se redujo en intensidad durante la II Guerra Mundial, cuando por un lado la nación denunciaba el racismo, y por otro, mantenía la segregación racial en las fuerzas armadas y seguía pagando mal a los negros. Al terminar la guerra entró un nuevo elemento en la balanza racial de los Estados Unidos: el aumento sin precedentes de la cantidad de gente negra y amarilla de Africa y Asia.

El presidente Harry Truman tuvo que enfrentarse a esto, especialmente al comenzar la rivalidad provocada por la guerra fría con la Unión Soviética. Era necesario actuar en relación con la cuestión de la raza para calmar a la población negra, que estaba animada por las promesas hechas durante la guerra, pero frustrada por la falta de mejoras en sus condiciones de vida. Hacía falta probar que era falsa la acusación del mundo no blanco de que Estados Unidos era una sociedad racista. Lo que Du Bois había dicho hacía mucho -y que había pasado de forma inadvertida- cobraba ahora, en 1945, mucha importancia: *"El problema del siglo XX es la barrera racial"*.

A finales de 1946, Truman nombró un Comité de Derechos Civiles, el cual recomendó que hubiera una Comisión sobre Derechos Civiles permanente. También recomendó que el Congreso aprobase leyes en contra del linchamiento y leyes para acabar con la discriminación electoral. Además, sugirió nuevas leyes para poner fin a la discriminación racial en el trabajo.

El Comité de Truman no tuvo tapujos a la hora de declarar su motivación. Había salafan "razones morales". Pero también había una "razón política": la discriminación era costosa para el país, y desaprovechaba su potencial. Además -y esto era aún más importante- había una razón internacional.

Nuestra posición en el mundo después de la guerra es tan vital para el futuro que nuestras más insignificantes acciones tienen efectos trascendentales. No podemos desestimar el hecho de que nuestra reputación en el área de los derechos civiles haya sido tema de debate en la política mundial.

Truman había tenido Estados Unidos una presencia tan grande en el mundo como la que tenía ahora. Y había mucho en juego: la supremacía mundial. Como dijo el Comité de Truman: *"Nuestras más insignificantes acciones tienen efectos trascendentales"*.

Estados Unidos comenzó a tomar pequeñas medidas, con la esperanza de que tuvieran grandes consecuencias. El Congreso no llegó a introducir la legislación que pedía el Comité de los Derechos Civiles, pero Truman, cuatro meses antes de las elecciones presidenciales de 1948, y ante el reto izquierdista que en esas elecciones estaba representado por el candidato del partido Progresista, Henry Wallace-, promulgó una orden ejecutiva pidiendo que las fuerzas armadas, segregadas en la II Guerra Mundial, instituyeran una política de igualdad racial *"tan rápidamente como fuera posible"*. La orden puede que hubiera sido provocada no sólo por las elecciones, sino también por la necesidad de mantener la moral de los negros en las fuerzas armadas, ya que la posibilidad de guerra iba en aumento. Se necesitó más de una década para completar la supresión de la segregación racial en el ejército.

Truman pudo haber dado órdenes ejecutivas en otros campos, pero no lo hizo. Las Enmiendas Catorce y Quince, más la serie de leyes aprobadas a finales de la década de 1860 y a principios de la década de 1870, daban al presidente la suficiente autoridad como para acabar con la discriminación racial. La Constitución exigía que el presidente ejecutara las leyes, pero ningún presidente había utilizado ese poder. Tampoco lo hizo Truman.

En 1954 el Tribunal puso fin a la doctrina de *"separados pero iguales"*, que había defendido desde la década de 1890-1900. Esto fue tras el enfrentamiento de unos valientes negros del sur con el Tribunal Supremo a causa de unas demandas que interpusieron en contra de la segregación racial en las escuelas. En el caso *"Brown contra la Junta de Enseñanza"*, el Tribunal

dijo que la separación de los alumnos "genera un sentimiento de inferioridad que puede afectar sus corazones y sus mentes de una forma que puede ser irreversible". En el campo de la educación pública, sentenció: "La doctrina de separados pero iguales no tiene cabida".

El Tribunal no insistió en que los cambios se hicieran inmediatos, aunque un año más tarde decía que las nuevas disposiciones relacionadas con la segregación deberían integrarse "de forma rápida y prudente", en 1965, diez años después de dicha directriz, más del 75% de los distritos escolares del sur seguían segregados.

Aún con todo, fue una decisión importante, y la noticia de que el gobierno americano había declarado ilegal la segregación dio la vuelta al mundo. También en los Estados Unidos -para aquellos que no pensaban en la distancia que separa normalmente la palabra de los hechos- fue una estimulante señal de cambio.

Lo que a los demás les parecía un avance rápido, para los negros no era suficiente. A principios de los 60, la gente negra se rebeló en todo el sur. A finales de los 60 empezó una fuerte insurrección en un centenar de ciudades del norte. Fue una sorpresa para aquellos que no tenían unos claros recuerdos de la esclavitud, de esa presencia cotidiana de humillación registrada en la poesía, en la música, en los esporádicos estallidos de ira, o en los más frecuentes silencios, asociados al resentimiento. Parte de sus recuerdos eran las palabras de los políticos, las leyes aprobadas y las decisiones tomadas, que habían resultado carecer de todo sentido.

Para este tipo de personas, provistas de ese tipo de recuerdos y capaces de ese tipo de recapitulación diaria sobre la historia, la rebelión siempre estaba cerca. Era un mecanismo de relojería que nadie había puesto en marcha, pero que podía estallar con una serie de acontecimientos imprevisibles. Esos acontecimientos ocurrieron a finales de 1955, en Montgomery, la capital de Alabama; cuando la señora Rosa Parks, una costurera de cuarenta y tres años -antigua activista de la NAACP- decidió sentarse en la sección de "blancos" de un autobús y fue detenida:

Bueno, estaba bastante cansada después de pasar todo un día trabajando. Manejo y trabajo con la ropa que lleva la gente blanca. Eso no me vino a la cabeza, pero esto es lo que quería saber: ¿cuándo y cómo determinaríamos nuestros derechos como seres humanos de una vez por todas?

Los negros de Montgomery convocaron una reunión masiva. Votaron boicotear todos los autobuses de la ciudad. Se organizaron servicios de coche para llevar a los negros a trabajar; la mayoría de la gente iba andando. Las autoridades de la ciudad tomaron represalias procesando a un centenar de líderes del boicot y muchos fueron enviados a la cárcel. Los segregacionistas blancos recurrieron a la violencia. Varias bombas explotaron en cuatro iglesias negras. Se disparó una ráfaga de escopeta a través de la puerta principal de la casa del doctor Martin Luther King, Jr., al pastor de veintisiete años nacido en Atlanta que era uno de los líderes del boicot. Tiraron bombas contra la casa de King. Pero los negros de Montgomery persistieron, y en noviembre de 1956, la Corte Suprema declaró ilegal la segregación en las líneas de autobuses locales.

Montgomery fue el principio. Anticipó el estilo y el ambiente del gran movimiento de protesta que arrasaría el sur en los siguientes diez años: emocionantes reuniones parroquiales, himnos cristianos adaptados para adecuarse a las batallas actuales, referencias a los ideales americanos perdidos, el compromiso a la no violencia, la predisposición a la lucha y el sacrificio.

En un mítin de masas realizado en Montgomery durante el boicot, Martin Luther King dio un avance de la oratoria que pronto inspiraría a millones de personas a exigir justicia racial. Dijo que la protesta no sólo tenía que ver con los autobuses sino con cosas que "quedarían en los archivos de la historia". Dijo:

Hemos conocido humillaciones, hemos conocido un lenguaje abusivo, hemos sido lanzados a los abismos de la opresión. Y hemos decidido alzarnos sólo con el arma de la protesta... Debemos utilizar el arma del amor. Debemos tener compasión y comprensión para con los que nos odian.

El énfasis de King en el amor y la no violencia fue muy efectivo a la hora de suscitar simpatías en toda la nación, tanto entre blancos como entre negros. Pero había negros que creían que el mensaje era ingenuo, que a pesar de haber gente desorientada que se podría dejar convencer por el mensaje del amor, existían otros a los que había que convencer con una dura lucha. Dos años después del boicot de Montgomery, en Monroe -al norte de California- un ex-marine llamado Robert Williams, presidente de la NAACP, saltó a la fama por sus ideas, según las cuales, si resultaba necesario, los negros debían defenderse de la violencia con las armas. Cuando los hombres del Klan local atacaron la casa de uno de los líderes de la NAACP de Monroe, Williams -junto con otros

negros armados con rifles- devolvió los disparos. El Klan se retiró. (Ahora se estaba respondiendo al Klan con sus propias tácticas violentas; un asalto del Klan a una comunidad india al norte de California fue repelido por los indios con fuego de rifle).

A pesar de esto, en los años siguientes los negros del sur insistían en la línea no violenta. El 1 de febrero de 1960, cuatro estudiantes del primer curso en un colegio para gente negra en Greensboro (Carolina del Norte), decidieron sentarse en la cafetería de Woolworth, un sitio céntrico donde sólo comían los blancos. No les sirvieron, pero ellos no se marcharon y volvieron -junto con otros compañeros- día tras día.

En las dos semanas siguientes, las sentadas se extendieron a quince ciudades en cinco estados del sur.

En su apartamento de Harlem, en Nueva York, un joven negro, profesor de matemáticas llamado Bob Moses vio una foto de los jóvenes de la sentada en Greensboro en el periódico.

Los estudiantes de la foto tenían cierta expresión en sus caras, una especie de resentimiento, de enfado, de determinación. Antes, los negros del sur siempre habían parecido estar a la defensiva, ser serviles. Esta vez ellos habían tomado la iniciativa. Eran chicos de mi edad, y yo sabía que esto tenía algo que ver con mi propia vida.

Hubo violencia contra los chicos de la sentada. Y se fortaleció la idea de tomar la iniciativa contra la segregación. En los siguientes doce meses, más de cincuenta mil personas, en su mayoría negras -algunas blancas- participaron en manifestaciones de distinta índole en cientos de ciudades, y más de 3.600 personas fueron encarceladas. Pero a finales del año 1960, las cafeterías en Greensboro y otros muchos lugares se abrieron a los negros.

En mayo de 1961 un grupo de blancos y negros se montaron en dos autobuses en Washington, D.C., y viajaron juntos hacia Nueva Orleans. Eran los primeros *Freedom Riders* (Viajeros de la Libertad). Intentaban romper con el patrón de la segregación en los viajes interestatales. Esta segregación se había ilegalizado hacía mucho tiempo, pero el gobierno federal nunca había hecho cumplir la ley en el sur; el Presidente actual era John F. Kennedy, pero también él parecía cauto sobre la cuestión racial. Le preocupaba mantener el apoyo de los líderes blancos sureños del partido Demócrata.

Los autobuses nunca llegaron a Nueva Orleans. Los viajeros fueron

apaleados en Carolina del Sur. En Alabama prendieron fuego a un autobús. Los *Freedom Riders* fueron atacados con puños y barras de hierro. La policía del sur no intervino para evitar esa violencia. Tampoco lo hizo el gobierno federal. Los agentes del FBI observaban y tomaban notas, pero no intervenían.

Entonces, los veteranos de las sentadas, que habían formado hacía poco el Comité de Coordinación de Estudiantes No Violentos (SNCC, una organización dedicada a la acción no violenta -pero militante- en favor de la igualdad de derechos), organizaron otro Viaje por la Libertad, desde Nashville a Birmingham. Antes de ponerse en marcha, llamaron al Departamento de Justicia de Washington, D.C., para pedir protección, pero les fue rechazada. Como contó Ruby Doris Smith, una estudiante del Spelman College: "*El Departamento de Justicia dijo que no, que no podían proteger a nadie, pero que investigarían si pasaba algo. Ya se sabe lo que hacen...*"

Los *Freedom Riders* del SNCC -con miembros de diferentes razas- fueron arrestados en Birmingham, Alabama. Pasaron una noche en la cárcel y la policía les llevó a la frontera de Tennessee. Volvieron a Birmingham, cogieron un autobús a Montgomery, y ahí fueron atacados por blancos con puños y palos. Fue un episodio sangriento. Siguieron su viaje hacia Jackson, Mississippi.

Para entonces, los *Freedom Riders* habían saltado a los titulares de todo el mundo, y el gobierno estaba ansioso por impedir más casos de violencia. El fiscal del Tribunal Supremo, Robert Kennedy, en lugar de insistir en su derecho a viajar sin ser arrestados, consintió que los *Freedom Riders* fueran arrestados en Jackson a cambio de la protección de la policía de Mississippi en caso de posible violencia callejera. Una vez en la cárcel, los *Freedom Riders* practicaron la resistencia pasiva, protestaron, cantaron y exigieron sus derechos.

En Albany, Georgia -una pequeña ciudad del sur profundo en donde todavía persistía el ambiente de la esclavitud- tuvieron lugar, en el invierno de 1961, grandes manifestaciones, que se repitieron en 1962. De los 22.000 negros de Albany, más de mil fueron encarcelados por manifestarse y reunirse para protestar contra la segregación y la discriminación. En las manifestaciones de Albany, como en todas las que se extendieron por el sur, también participaron niños negros: una nueva generación estaba aprendiendo a actuar. El jefe de policía en Albany, después de uno de los arrestos masivos, tomó los nombres a los prisioneros que hacían cola delante de su mesa.

Levantó la mirada y vio a un chico negro de unos nueve años. "¿Cómo te llamas?" El niño le miró a la cara y dijo: "Libertad, Libertad".

En Birmingham, miles de negros se echaron a la calle en 1963, enfrentándose a las porras, al gas lacrimógeno, a los perros y a las mangueras de alta presión de la policía. Y mientras tanto, por todo el sur profundo, los jóvenes del SNCC -negros en su mayoría, blancos unos pocos- se estaban trasladando a comunidades en Georgia, Alabama, Mississippi y Arkansas. Se unieron a los negros locales y se organizaron para inscribir a la gente en el censo del voto, para protestar contra el racismo y para fortalecer el valor en contra de la violencia.

Según se acercaba el verano de 1964, el SNCC y otros grupos de derechos civiles que trabajaban juntos en Mississippi -enfrentándose a una violencia creciente- decidieron pedir ayuda a jóvenes de otros puntos del país. Esperaban llamar la atención sobre la situación en Mississippi. Una vez tras otra -en Mississippi y en todas partes- el FBI se mantenía al margen- al igual que los abogados del Departamento de Justicia-, mientras apaleaban y encarcelaban a los trabajadores de derechos civiles y mientras se violaban las leyes federales.

La víspera del "Verano de Mississippi" -a principios de junio de 1964- el movimiento de derechos civiles alquiló un teatro cerca de la Casa Blanca. Un autobús lleno de negros viajó de Mississippi a Washington para testificar públicamente sobre la violencia de cada día y sobre los peligros que acechaban a los voluntarios que venían a Mississippi. Unos abogados constitucionalistas testificaron que el gobierno nacional tenía competencias legales para protegerles contra esa violencia. Dieron una transcripción de este testimonio al presidente Johnson y al fiscal general Kennedy, junto con una petición de presencia de protección federal durante el Verano de Mississippi. No hubo respuesta.

Doce días después de la audiencia pública, tres trabajadores de derechos civiles, James Chaney -un joven negro de Mississippi- y dos voluntarios blancos -Andrew Goodman y Michael Schwerner- fueron arrestados en Filadelfia, Mississippi. Fueron puestos en libertad entrada la noche, pero entonces los atacaron, golpearon con cadenas y acribillaron a tiros. Al final, el testimonio de un confidente hizo que el sheriff, su ayudante y otros fueran enviados a la cárcel. Pero ya era demasiado tarde. Los asesinatos de Mississippi tuvieron lugar tras repetidas negativas por parte del gobierno nacional -

hubiera presidido por Kennedy, Johnson o cualquier otro presidente- a defender a los negros de la violencia.

Se intensificó el descontento con el gobierno nacional. Más tarde, ese mismo verano, durante la Convención Nacional Demócrata en Washington, Mississippi, los negros pidieron ser admitidos como parte de la delegación estatal para representar al 40% de la población estatal, que era negra. Fueron rechazados por el mando liberal Demócrata, que incluía al candidato a vicepresidente, Hubert Humphrey.

Ante la revuelta negra, el desorden y la mala publicidad mundial que se estaba generando, el Congreso comenzó a reaccionar. Se aprobaron leyes de derechos civiles en 1957, 1960 y 1964. Hacían grandes promesas respecto a la igualdad en el voto y en el trabajo, pero no se hicieron cumplir debidamente y fueron ignoradas. En 1965, el presidente Johnson avaló -y el Congreso aprobó- una Ley sobre el Derecho al Voto aún más exigente. Esta vez aseguraba la protección federal *in situ* para el acto de la inscripción electoral y el voto. El efecto que tuvo en el voto negro del sur fue drástico. En 1952, un millón de negros sureños (20% de los que tenían derecho al voto) se inscribieron para votar. En 1964 la cifra llegaba a 2 millones, el 40%. En 1968 ya subía a 3 millones, el 60%; el mismo porcentaje que los votantes blancos.

El gobierno federal estaba intentando controlar, sin llevar a cabo cambios fundamentales, una situación explosiva. Quería canalizar la ira usando el tradicional mecanismo de "enfriamiento" de los ánimos: las urnas electorales, la petición cortés, el consenso tranquilo aprobado de forma oficial. Cuando los líderes negros del movimiento de derechos civiles planearon una gran marcha sobre Washington en el verano de 1963 -para protestar por el fracaso de la nación a la hora de resolver el problema racial-, el presidente Kennedy y otros líderes nacionales aprovecharon la ocasión para convertir la marcha en una asamblea amistosa.

El discurso de Martin Luther King en Washington emocionó a 200.000 americanos, negros y blancos: "Tengo un sueño" fue un magnífico discurso, pero carecía de la ira que muchos negros sentían. Cuando John Lewis -un joven líder del SNCC nacido en Alabama, arrestado y apaleado repetidas veces- intentó introducir un tono más agresivo en el mitin, los líderes de la marcha lo censuraron e insistieron en que omitiera ciertas frases críticas sobre el gobierno nacional que incitaban a la acción militante.

A los dieciocho días del mitin de Washington -como mostrando su desdén deliberado hacia esa moderación- explotó una bomba en el sótano de una iglesia negra de Birmingham y mató a cuatro alumnas de la escuela dominical. El presidente Kennedy había alabado el "*profundo fervor y la tranquila dignidad*" de la marcha, pero el militante negro Malcolm X probablemente se acercaba más a los sentimientos de la comunidad negra. Hablando en Detroit -dos meses después de la marcha sobre Washington y de la explosión de Birmingham- Malcolm X dijo en su poderoso, claro y rítmico estilo:

Los negros estaban en las calles. Hablaban de cómo iban a marchar sobre Washington... Que iban a marchar sobre Washington, desfilar ante el Senado, desfilar ante la Casa Blanca, desfilar ante el Congreso y parar, detenerse ahí, sin dejar proceder al gobierno.

Era el pueblo llano en la calle. Eso aterraba a los blancos y también angustiaba enormemente a la estructura del poder blanco en Washington.

Eso es lo que consiguieron con la marcha sobre Washington. Se unieron a ella, se convirtieron en parte de ella, tomaron posesión de ella... Se convirtió en una merienda campera, en un circo. En nada más que un circo, con payasos y todo... Fue una toma de poder... Dijeron a los negros la hora en que debían llegar a la ciudad, dónde detenerse, qué pancartas llevar, qué canciones cantar, qué discursos podían hacer, y luego les dijeron que se marcharan de la ciudad antes del anochecer.

Pero mientras explotaran bombas en las iglesias y mientras las nuevas leyes de "derechos civiles" no cambiaran su verdadera condición, a los negros no se les podía integrar fácilmente en "la coalición democrática". En la primavera de 1963, el porcentaje de desempleados entre los blancos era del 4,8%. Para los no blancos era del 12,1%. Según los cálculos del gobierno, una quinta parte de la población blanca vivía por debajo del umbral de la pobreza; la mitad de la población negra vivía por debajo de ese mismo umbral. Los proyectos de ley sobre derechos civiles ponían énfasis en el voto. Pero el voto no era una solución fundamental para el racismo y la pobreza. En Harlem, los negros que llevaban años votando seguían viviendo en tugurios infestados de ratas.

Precisamente en los años en los que la legislación de derechos civiles promulgada por el Congreso alcanzaba su punto más alto -los años 1964 y 1965- los negros se sublevaban por todo el país. En agosto de 1965, justo cuando Lyndon Johnson rubricaba y hacía efectiva la dura Ley de Derecho al Voto, que estipulaba que los electores negros serían inscritos federalmente

para asegurar su protección, el ghetto de Watts, en Los Angeles, estallaba en la más violenta sublevación urbana desde la II Guerra Mundial.

Esta sublevación fue provocada por el arresto violento de un joven conductor negro, por los porrazos que la policía le propinó a una persona que estaba por ahí, y por la detención de una mujer negra falsamente acusada de estar encupido a la policía. Hubo disturbios en las calles, saqueos y saqueo de tiendas. Se llamó a la policía y a la Guardia Nacional, que utilizaron sus pistolas. Murieron treinta y cuatro personas, en su mayoría negros, cientos de personas resultaron heridas y cuatro mil fueron arrestadas.

En el verano de 1966 hubo más disturbios, cuando los negros de Chicago lanzaron piedras, saquearon y colocaron bombas y la Guardia Nacional respondió con un tiroteo indiscriminado; murieron tres negros, uno de ellos un chico de trece años, y una chica de catorce años, embarazada. En Cleveland, se llamó a la Guardia Nacional para poner fin a los disturbios en la comunidad negra; dos policías mataron a tiros a dos negros, y dos civiles blancos mataron a dos más.

Ahora parecía claro que el posicionamiento no violento del sur -quizás políticamente necesario en el ambiente sureño, y efectivo, porque podía ser utilizado para atraer a la opinión nacional en contra del sur segregacionista- no bastaba para resolver los problemas enquistados de la pobreza del ghetto negro. En 1910, el 90% de los negros vivían en el sur. Pero en 1965, las cosechadoras mecánicas de algodón recogían el 81% del algodón en el delta del Mississippi. Entre 1940 y 1970, 4 millones de negros marcharon del campo a la ciudad. En 1965, el 80% de los negros vivía en las ciudades y el 50% de la gente negra vivía en el norte.

En 1967 tuvieron lugar los mayores disturbios urbanos de la historia americana en los ghettos negros del país. Según el informe del Comité de Consejo Nacional para los Disturbios Urbanos, hubo ocho alzamientos importantes, treinta y tres sublevaciones "*graves pero no trascendentes*" y 123 "*pequeños*" disturbios. Murieron ochenta y tres personas por disparos de armas de fuego, en su mayoría en Newark y Detroit. "*La abrumadora mayoría de personas que murieron o resultaron heridas en todos los disturbios eran civiles negros*".

El "*alborotador típico*" -según la Comisión- era el joven que había dejado el instituto de educación secundaria, pero "*con una educación ligeramente más alta que su vecino negro no alborotador*" y "*la mayoría de las veces con trabajos*

parciales o de baja categoría"; estaba "orgulloso de su raza, y era extremadamente hostil tanto hacia los blancos como hacia los negros de clase media, y aunque estaba al corriente de la situación política, no tenía ninguna confianza en el sistema político".

El informe echaba la culpa de los disturbios al "racismo blanco", e identificaba los ingredientes de la "mezcla explosiva que se había acumulado en nuestras ciudades desde finales de la II Guerra Mundial":

La persistente discriminación y segregación en el empleo, la educación y la vivienda... la creciente concentración de negros empobrecidos en nuestras ciudades más importantes, creando una creciente crisis por el deterioro de las instalaciones y los servicios, además de las necesidades humanas desatendidas.

Un nuevo sentimiento ha nacido entre los negros, particularmente entre los jóvenes, en el cual la autoestima y un robusto orgullo racial están sustituyendo a la apatía y la sumisión hacia el "sistema".

Pero el Informe de la Comisión no era más que la típica estrategia concebida por el sistema para hacer frente a una rebelión: creaban un comité de investigación y publicaban un informe; y las palabras del informe, aunque fuertes, tenían un efecto tranquilizador.

Pero eso tampoco funcionó. El nuevo slogan era el "Poder Negro", una expresión de desconfianza ante cualquier "progreso" dado o concedido por los blancos, un rechazo al paternalismo. Malcolm X era el orador más elocuente a este respecto. Después de ser asesinado mientras hablaba en una plataforma pública en febrero de 1965 -en un complot cuyos orígenes están todavía oscuros- se convirtió en el mártir de este movimiento. Cientos de miles de personas leyeron su autobiografía. Tuvo más influencia después de muerto que vivo.

A Martin Luther King, aunque todavía respetado, le estaban sustituyendo otros nuevos héroes: por ejemplo Huey Newton, de los Panteras Negras. Los Panteras tenían armas, y decían que los negros debían defenderse.

A finales de 1964, Malcolm X había hablado ante unos estudiantes negros de Mississippi que estaban visitando Harlem:

Conseguiréis la libertad dejando saber al enemigo que haréis cualquier cosa para lograr la libertad; entonces la conseguiréis. Es la única manera de conseguirla. Cuando logréis esa clase de actitud, os tacharán de "negro loco", u os llamarán "loco morenito" porque ellos no dicen Negro. U os llamarán extremistas o subversivos, o sediciosos, o rojos, o radicales. Pero cuando llevéis

suficiente tiempo siendo radicales y cuando consigáis que suficiente gente sea como vosotros, conseguiréis vuestra libertad.

El mismo Martin Luther King empezó a preocuparse cada vez más por problemas que hasta entonces no contemplaban las leyes de derechos civiles: los problemas que tenían su origen en la pobreza. En la primavera de 1968, empezó a hablar claramente, a pesar del consejo de algunos líderes negros que tenían miedo de perder amigos en Washington, en contra de la guerra del Vietnam. Vinculaba la guerra con la pobreza:

Estamos gastando todo este dinero en muerte y destrucción, y no el dinero suficiente en la vida y en el desarrollo constructivo.

Entonces King se convirtió en un objetivo primordial del FBI, que intervino sus llamadas telefónicas privadas, le envió cartas falsas, le amenazó, le hizo chantaje y hasta llegó a sugerir, en una carta anónima, que se suicidara. Los memorándums internos del FBI hablaban de encontrar un nuevo líder negro para sustituir a King. Como decía en 1976 un informe del Senado sobre el FBI, esta institución intentó "destruir al doctor Martin Luther King".

King estaba prestando su atención a cuestiones difíciles. Planeaba un "Campamento para Gente Pobre" en Washington, pero esta vez sin el consentimiento paternal del presidente. Y fue a Memphis, Tennessee, para apoyar una huelga de basureros en esa ciudad. Ahí, y mientras se encontraba en el balcón de la habitación de su hotel, le mató el disparo de un tirador oculto. El Campamento para Gente Pobre siguió adelante, y fue disuelto por acción policial, de la misma manera en que fue dispersado el Bonus Army de veteranos de la I Guerra Mundial en 1932.

El asesinato de King causó nuevos disturbios urbanos por todo el país, en los cuales treinta y nueve personas perdieron la vida, treinta y cinco de ellas negras. Se estaban amontonando las evidencias de que, incluso con todas las leyes de derechos civiles reconocidas, los tribunales no iban a proteger a los negros de la violencia y la injusticia. Dos ejemplos:

En Jackson, Mississippi, en la primavera de 1970, la policía tiroteó durante 28 segundos el campus del Colegio Estatal de Jackson, un colegio de negros, utilizando escopetas, rifles y una ametralladora. Cuatrocientas balas o perdigones alcanzaron el dormitorio de las chicas y murieron dos estudiantes negras. Un jurado local dijo en el veredicto que el ataque estaba "justificado" y el juez del Tribunal del Distrito, Harold Cox (nombrado por Kennedy)

declaró que los estudiantes que tomaban parte en disturbios civiles "no debían sorprenderse si eran heridos o asesinados".

En Boston, en abril de 1970, un policía disparó y mató a un hombre negro que iba desarmado: era un paciente de un ala del Boston City Hospital. Hacia fuego cinco veces después de que el hombre negro le golpeará con una toalla. El juez principal del tribunal municipal de Boston exculpó al policía.

Esta clase de incidentes eran normales y se venían repitiendo una y otra vez a lo largo de la historia del país, surgiendo esporádica pero persistentemente desde el profundo racismo de las instituciones y de la mentalidad del país. Pero había algo más: un patrón premeditado de violencia en contra de los organizadores negros militantes, llevado a cabo por la policía y el FBI.

El 4 de diciembre de 1969, un poco antes de las cinco de la mañana, un equipo de la policía de Chicago, armado con una ametralladora y escopetas, asaltó un apartamento donde vivían Panteras Negras. Dispararon por lo menos ochenta y dos -quizás doscientas- descargas en el apartamento, matando al líder de los Panteras Negras, Fred Hampton -de veintinueve años- mientras estaba en su cama. También mataron a otro Pantera Negro, Mark Clark. Años más tarde, se descubrió en un proceso judicial que el FBI tenía un delator entre los Panteras Negras, y que había dado a la policía un plano del apartamento, incluyendo un croquis del lugar en el que dormía Fred Hampton.

¿Estaba el gobierno recurriendo al asesinato y al terror porque las concesiones -la legislación, los discursos, la entonación del himno de los derechos civiles "Venceremos" (*We Shall Overcome*) por parte del presidente Lyndon Johnson- no estaban dando resultado? Entre 1956 y 1971 el FBI llevó a cabo un masivo Programa de Contraespionaje (conocido como COINTELPRO), el cual tomó 295 medidas en contra de los grupos negros. Pero la actividad de los militantes negros parecía resistirse obstinadamente a la destrucción.

¿Se temía que los negros dejaran de fijar su atención en el controlable campo electoral para fijarse en una esfera más peligrosa, como la de la riqueza y la pobreza: la del conflicto de clases? En 1966, setenta negros pobres ocuparon un cuartel desocupado de las fuerzas aéreas en Greenville, Mississippi, hasta que fueron desahuciados por los militares. Una mujer local, la señora Unita Blackwell, dijo:

Siento que el gobierno federal nos haya probado que no se preocupa por la gente pobre. Estamos hartos de eso y vamos a construirnos nuestras propias casas, porque no tenemos un gobierno que nos represente.

El nuevo énfasis era más peligroso que los derechos civiles, porque creaba la posibilidad de que los negros y blancos se unieran en el tema de la explotación de clases. En noviembre de 1963, A. Philip Randolph ya había hablado en una convención del AFL-CIO acerca del movimiento de derechos civiles y había previsto la dirección que iba a tomar: "*La protesta de los negros de hoy es sólo el primer quejido de la "clase baja". De la misma manera que los negros se han echado a las calles, los parados de todas las razas también lo harán.*"

Se empezaron a hacer intentos para hacer con los negros lo que históricamente se había hecho con los blancos: atraer a un pequeño número de ellos al sistema con cebo económico. Se hablaba de "capitalismo negro". Líderes del NACCP y CORE fueron invitados a la Casa Blanca. El Chase Manhattan Bank y la familia Rockefeller (que controlaban Chase) tomaron un interés especial en desarrollar el "capitalismo negro". Hubo pocos cambios y mucha publicidad. Había más caras negras en los periódicos y en la televisión. Esto creaba una sensación de cambio y, poco a poco, iba introduciendo en la corriente dominante a un pequeño -pero significativo- número de líderes negros.

Surgieron algunas nuevas voces negras que denunciaron este fenómeno. Robert Allen (*Black Awakening in Capitalist America*) escribió:

Si se va a beneficiar la comunidad entera... a las empresas negras se las debe tratar y administrar como propiedades sociales pertenecientes a la comunidad negra en general, y no como la propiedad privada de un individuo o de un grupo limitado de individuos.

Una mujer negra, Patricia Robinson, en un panfleto distribuido en Boston en 1970 (*Poor Black Woman*, *Mujer Negra Pobre*) dijo que la mujer negra "*se aliaba con los pobres del mundo entero y con sus luchas revolucionarias*". Dijo que la mujer negra pobre "*ha empezado a poner en cuestión el agresivo dominio masculino y la sociedad clasista que la defiende, el capitalismo*".

Hacia finales de los años sesenta y principios de los setenta, el sistema estaba trabajando muy duro para controlar el terrible carácter explosivo del resurgimiento negro. Muchos negros estaban votando en el sur, y en la Convención Demócrata de 1968, tres negros fueron admitidos en la delegación de Mississippi. En 1977, más de dos mil negros ocupaban cargos

en once estados del sur (en 1965, había tan sólo setenta y dos). Había dieciséis congresistas, once senadores de estado, noventa y cinco diputados estatales, 267 representantes de condado, setenta y seis alcaldes, 824 concejales, dieciocho *sheriffs* o jefes de policía, 508 miembros de juntas escolares.

Fue un avance importante. Pero los negros, que contaban con el 20% de la población del sur, todavía ocupaban menos del 3% de los cargos públicos. Un periodista del *New York Times*, analizando la nueva situación de 1977, señaló que incluso en los lugares en donde los negros ocupaban importantes cargos ciudadanos, "los blancos casi siempre retienen el poder económico". Después de que Maynard Jackson -un negro- se convirtiera en alcalde de Atlanta, "los establecimientos de negocios blancos continuaron ejerciendo su influencia".

En el sur ya no se prohibía la entrada a aquellos negros que podían permitirse el lujo de ir a los restaurantes y hoteles del centro por el hecho de ser negros. Más negros podían ir a los colegios y a las universidades, a las escuelas de derecho y de medicina. Las ciudades del norte se ocupaban de transportar a los niños en autobuses en un intento por crear escuelas interraciales, a pesar de la segregación que persistía en el sector de la vivienda. Sin embargo nada de esto estaba impidiendo lo que Frances Piven y Richard Cloward (*Poor People's Movements*) llamaron "la destrucción de la clase social baja negra": el desempleo, el deterioro del ghetto, el auge del crimen, la drogadicción y la violencia.

En el verano de 1977, el Departamento de Trabajo informó de que el paro entre los jóvenes negros era del 34,8%. A pesar de las nuevas oportunidades para unos pocos negros, en general los negros tenían dos veces más probabilidades de morir de diabetes y siete veces más probabilidades de ser víctimas de la violencia homicida que surgía de la pobreza y de la desesperación del ghetto.

Las estadísticas no revelaban toda la historia. El racismo, que siempre había sido un fenómeno nacional -no sólo en el sur- emergió en las ciudades del norte cuando el gobierno federal hizo concesiones a los pobres negros de una forma que los enfrentaba a los blancos pobres a la hora de conseguir recursos que el sistema había hecho escasos. Los negros, liberados de la esclavitud para ocupar un lugar en el capitalismo, se habían visto involucrados desde hacía mucho en un conflicto con los blancos a la hora de buscar los escasos trabajos. Ahora, con la supresión de la segregación racial en la vivienda, los negros

intentaban instalarse en vecindarios donde los blancos -pobres, amontonados y con problemas- podían encontrar en ellos el objeto de su odio.

En Boston, el hecho de llevar niños negros a escuelas blancas y niños blancos a escuelas negras, hizo estallar una ola de violencia en los vecindarios blancos. La idea de integrar a los niños en las escuelas mixtas (proyecto patrocinado por el gobierno y los tribunales en respuesta al movimiento negro) era una concesión ingeniosa a la protesta. Tuvo el efecto de empujar a los pobres blancos y a los pobres negros hacia una competencia por las miserables e inadecuadas escuelas que el sistema proporcionaba a todos los pobres.

Encerrada en el ghetto, dividida por el crecimiento de una clase media, acosada por la pobreza, atacada por el gobierno y conducida al conflicto por los blancos ¿estaba la población negra bajo control? Sin duda; a mediados de los años setenta, no había ningún gran movimiento negro en marcha. Y sin embargo, había nacido una nueva conciencia negra, y todavía sobrevivía.

¿Iría el nuevo movimiento negro más allá de los límites de las acciones de los derechos civiles de los años sesenta, más allá de los levantamientos urbanos espontáneos de los setenta, más allá del separatismo y hacia una coalición de blancos y negros en una nueva alianza histórica? No había manera de saberlo. Como dijo Langston Hughes, ¿qué ocurre con un sueño aplazado? ¿Se seca? ¿O explota?